

Benito Pérez Galdós

Sor Simona
Drama en tres actos

Representada

en el Teatro Infanta Isabel de Madrid la noche
de 1 de diciembre de 1915

Edición de Rosa Amor del Olmo



Sor Simona



ISBN 978-84-942214-0-8

Depósito legal M-2023-2014

Composición: *Taller Isidora Ediciones*

Printend in Spain: *Safekat S.L*

Diseño de cubierta: *Safekat S.L*

3 Rue de L'Ermitage 3 79 510

Sanzay Argenton les Vallés France

C/Corte de Faraón 7 B° D 28041

isidoraedicionesoficial@gmail.com

www.isidora-internacional.com.es

Sor Simona

Benito Pérez Galdós

Sor Simona

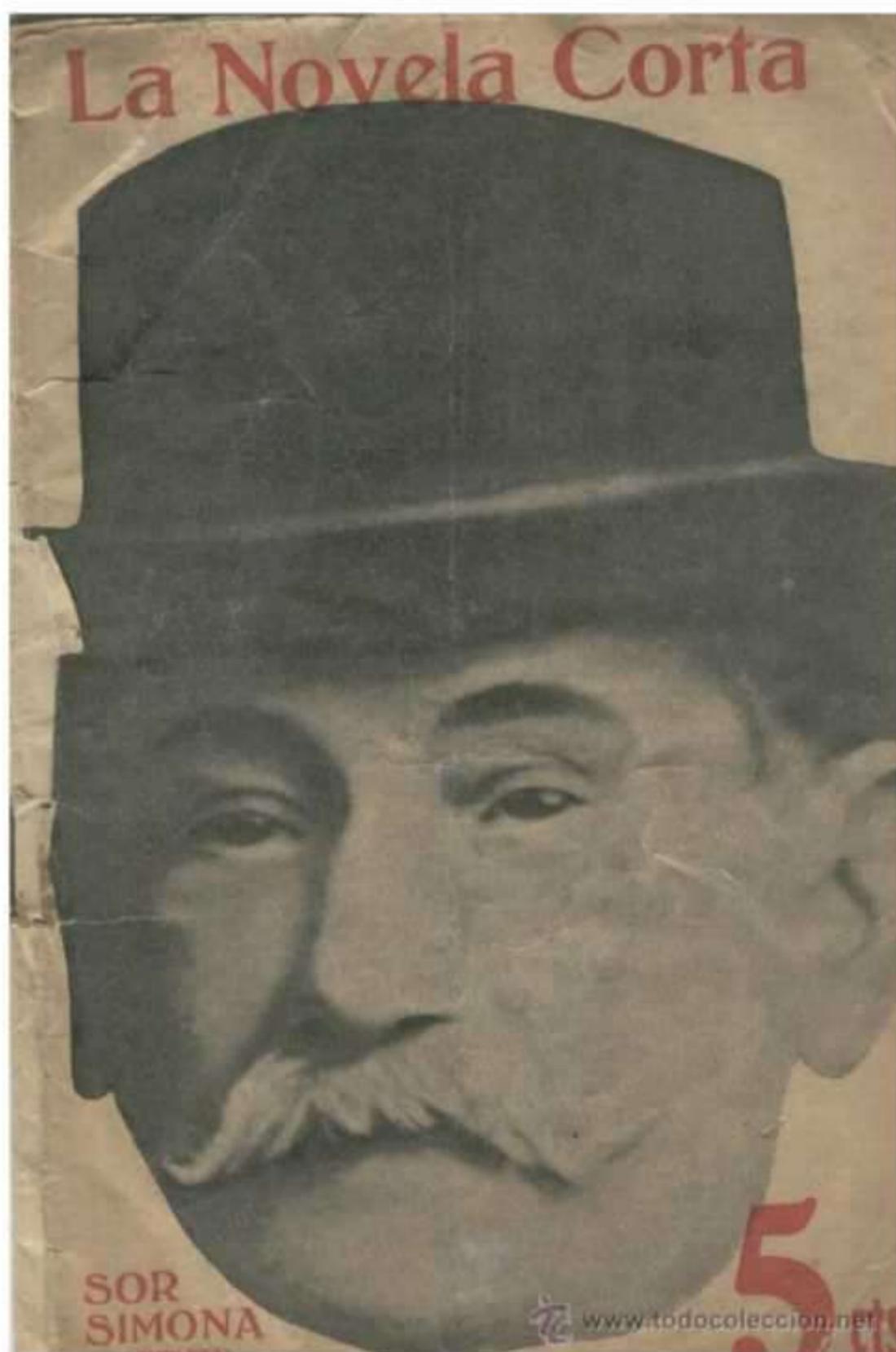
Drama en tres actos

**Representada en el teatro Infanta Isabel de
Madrid la noche del 1 de diciembre de 1915**

Edición de Rosa Amor del Olmo



Sor Simona



La novela corta

Sor Simona

Las críticas de aquel momento

El Imparcial

La cantera nacional, de donde nuestro glorioso Galdós ha extraído los episodios que constituyen el monumento literario de la raza, está aún por explotar en el teatro. Las riquezas de observación, evocación y reconstrucción con que el numen galdosiano ha fertilizado en el campo de la novela, pudeiran contribuir, convenientemente pasadas por el crisol escénico, a la formación de un Teatro histórico contemporáneo.

Algunos ensayos, mas no los suficientes, se han hecho en ese sentido por el propio autor de *Doña Perfecta*. Don Benito, cuya esplendorosa senectud nos ilumina aún con las llamaradas de su espíritu inextinto, prescindiendo ahora de los primitivos moldes novelescos, ha llevado directamente de las musas al teatro una narración dramática entroncada con la época, relativamente reciente, y, sin embargo, tan lejana en la cronología política, de nuestras discordias intestinas.

La acción transcurre durante la segunda guerra carlista y en un pueblo de la provincia de Navarra: pero es acción bélica sino pura y plácidamente sentimental, y toda ella se reconcentra en la figura ideal de la protagonista.

Sor Simona a quien un desengaño amoroso, sin detrimento de su honestidad, segó en flor las ilusiones y las esperanzas de la felicidad terrena, en plena juventud, belleza y bienestar material renuncia al mundo para consagrarse a la caridad. Ejemplar y edificante, hija predilecta de San Vicente de Paúl, por la abnegación y el sacrificio. Sor Simona sigue a los ejércitos combatientes, cura a los heridos y arriesga su vida en el campo de la batalla. Del cuerpo y el alma de las

Sor Simona

víctimas es bálsamo y consuelo. Cuando discute con Sacris, rudo y convencido soldado del Pretendiente, dulce, pero enérgica sus palabras cristianas resuenan como una voz apocalíptica del momento. Paz a los hombres de buena voluntad.

Dios, el Dios de todos

Patria, la Humanidad

Rey, el hombre

Y con ello no hace más que repetir las exaltaciones místicas que inflaman por igual a todos los apóstoles de la redención humana, desde los creyentes de ayer a los descreídos de hoy. Hermosa utopía.

Una casualidad pone a dura prueba el temple, la fortaleza espiritual de esta santa mujer. Condenado a muerte por espía un joven liberal, Sor Simona reconoce en él al hijo del que fue su prometido esposo, y para salvarle finge ser su madre y se acusa como instigadora y culpable del delito. Afortunadamente, un canje de prisioneros evita la sentencia del Consejo de guerra condenatoria para el joven, y la preciosa vida de Sor Simona, que se debe a los humildes, a los desgraciados, seguirá sembrando ideas piadosas y derramando caritativos dones en su bendito tránsito de fervor y altruísmo.

Sor Simona, nimbada de celestes efluvios, radiante de bondad infinita, de poesía y de ternura, es como una divina imagen de Fra Angélico en un cuadro de luchas y miserias, de egoísmo y ambiciones...desde el fin del primer acto, "teatralmente" el mejor, hasta la conclusión del drama no cesaron las aclamaciones a Galdós, presente en escena. Su nueva obra, sobre lo demás concuerda puntualmente con el

medio ambiente, el color local, los tipos secundarios y cuantos detalles de composición exige y en el que es maestro insuperable el autor de los Episodios Nacionales.

Con él compartieron el éxito la señora Gámez, que si se desprendiese de la afectación en algunos momentos completaría mejor su trabajo; el señor Tallaví, sometido con escrupulosa conciencia artística digna de toda clase de alabanzas a su ingrato papel, y en la medida que les corresponde, todos lo demás de menos importancia.

José de Laserna.

ABC

Para don Benito patriarca de nuestras letras, el tiempo, respetuoso, detiene su invasora acción, y por privilegio especial, este hombre, en las postrimerías de sus años, cuando lo dilatado de su labor, asombrosa, excepcional, infatigable, debiera haber rendido sus energías, sigue con perdurable lozanía y frescor cara a la pelea, escribiendo novelas, episodios, dramas, con igual incentivo, con la misma ilusión que si alboreasen los primeros años de su juventud.

Quien le haya visto en los ensayos de Sor Simona, preocupado como un principiante, inquirendo la opinión de todos sobre el éxito que la obra pudiera tener; quien le oyera decir con una absoluta convicción perfectamente poseído “hay que luchar” quien le viese anoche febril y nervioso, esperando anhelosamente la caricia de los primeros aplausos, que tanto bien hace, hubiera imaginado que aquel hombre se acercaba por vez primera al corazón del público. Anoche, con la efusión y la cordialidad que esta gran figura, verbo de nuestra raza, nos inspira, aclamamos a don Benito a la terminación de los actos de Sor Simona y el maestro acogía

Sor Simona

aquellos aplausos, que tanto a la persona como a la bondad de la obra iban dirigidos, con la misma emoción y alegría que si ganase su primera victoria.

Una vez más, don Benito lleva al teatro, con la evocación de luctuosas páginas del tiempo pretérito, su apostolado de paz y armonía, su anhelo de bondad y de belleza, su aspiración utópica de la fraternal comunión de las almas, fundidas en un solo ideal de justicia y caridad.

Centrando la figura de Sor Simona, un bello carácter galdosiano, en un ambiente de punzantes odios y fraticidas hechos -la segunda guerra carlista y localizada la acción en un pueblo de Navarra-, imaginaréis cuánta serenidad y dulzura habrá puesto Galdós en aquella mujer, que no vacila en los más abnegados sacrificios para ser en la tierra la más augusta y humana representación de la ternura y del amor por sus semejantes.

Es Sor Simona un bellissimo episodio del que destellan resplandores de infinita bondad. La jugosidad y la frescura en el colorido, en el carácter del cuadro, nos dan la perfecta sensación de cómo fueron aquellos hombres, a los que separaban feroces odios y lagunas de sangre. El primer acto, sobriamente compuesto, finaliza con un gran acierto, tan teatral como de suspensa emoción. El acto siguiente y el primer cuadro del acto tercero son bellos y elevados, y por su intensidad emotiva nos compensan en cierto modo del cuadro final de la comedia, donde nuestro interés se decepciona ligeramente. Pero tan breve reparo, en nada resta nuestra admiración por la totalidad de la obra, digna hija del noble ingenio de Galdós.

María Gámez abarcó con singular talento toda la psicología de su personaje, al que dio admirables matices, comunicándole una íntima y sincera emoción. Muy bien

Sor Simona

Ramona Valdivia en un tipo caracterizado con toda verdad. Tallaví imprimió al cabecilla "Sacris" todo su temple y rudeza, y como director de escena, supo destacar grandes efectos. La señorita López Heredia señora Anaya y Señores Requena, Aguilar, Navas, Suárez y Gabaldón dieron a sus papeles acertada expresión. En la coquetina sala de del Infante Isabel y com ocorrespondía a la solemnidad de anoche, todo el Madrid de los grandes acontecimientos. Esta tarde a juzgar por el número de localidades encargadas, el lindo teatro de la calle del Barquillo se hallará espléndido. Espectros, éxito enorme de Tallaví, hoy, mañana y pasado, por la tarde, se darán tres últimas y definitivas representaciones. Por la noche, Sor Simona.

El domingo, por la tarde, Sor Simona. Se despachan billetes en contaduría.

La Correspondencia de España

En el sentido vulgar que damos hoy día a la palabra drama, la obra estrenada anoche en el Infanta Isabel no es tal drama, sino una comedia, que yo me atrevería a calificar de comedia de ambiente, ya que en ella se retrata magistralmente el recogimiento y misticismo un poco supersticioso de la vida de los pueblos vasconavarros. Contra su costumbre, don Benito Pérez Galdós no pretende hacer en Sor Simona el alegato de una idea, ni busca en el símbolo la exposición de su pensamiento; Sor Simona es sencillamente una comedia basada en un episodio real o fingido de las fratricidas luchas carlistas, y en el que se destaca una figura ideal de mujer, todo amor y caridad.

Si se tratara de la obra de un principiante, yo diría que a través de las escenas y pese a lo infantil de algunas de ellas, se adivinaba en su autor un dramaturgo de porvenir; si fuera la obra de un consagrado, de uno de los autores que

tiene la obligación de sostener el prestigio de su pabellón a la altura en que lograron plantarlo en obras anteriores, yo discutiría algunos defectos de técnica que no faltan en la comedia; tratándose de una producción del glorioso e insigne Galdós, yo ni debo, ni quiero, ni puedo discutirla.

Hay para ello dos razones: una subjetiva, con respecto a mi; otra objetiva, en relación con el público que acostumbra a leer estas crónicas. Védame subjetivamente el juicio, la desproporción que existe entre la gigantesca personalidad de Galdós y mi propia insignificancia. ¿Quién soy yo, pobre aprendiz de literato, al lado del maestro que ha llenado con su prosa medio siglo de nuestra literatura? ¿Qué es, por otra parte, una comedia o un drama más en la obra de Galdós? A hombres de su valer no puede juzgárseles en detalle; con la obra literaria de Galdós pasa lo que con la maravillosa esfinge que, dominando las pirámides, levantara el faraón Amenemhet III en Gira. Vista de cerca, y en detalle, puede parecer absurda, exenta de belleza y hasta monstruosa en ocasiones, pero si nos alejamos, si desde la distancia la contemplamos en conjunto, destacándose sobre la soledad del desierto, es cuando nos damos perfecta cuenta de su belleza y su grandiosidad.

Objetivamente es de otra índole la razón que me impide juzgar la obra de Galdós. Acostumbrado como se halla el público que lee las críticas teatrales al abuso exagerado del elogio, habiendo muchas veces tropezado con una obra mediocre allí donde creyó encontrar una maravilla, fiado en lo que leyera en el periódico, cuando ve a un crítico poner reparos a determinada obra, supone que puede ser mala, y esto es lo que yo me perdonaría nunca que sucediera en este caso, ya que restar, aunque sólo fuera un espectador, a la obra de Galdós, me parece una felonía, porque Galdós, el gran Galdós, después de medio siglo de trabajo, después de una fecundísima labor, que en cualquier país del mundo le

hubiera producido lo suficiente para descansar e ir cubierto de las necesidades de la vida, ha llegado a la edad en que la inteligencia, como el cuerpo, cansados ya de luchar, apetecen solamente el descanso, y cual dantesco forzado de un infierno sin llamas, tiene que seguir trabajando para vivir...Cincuenta años de labor, y cincuenta o más obras admirables no han sido bastante a asegurarle el reposo a la vejez, aquí, en este país donde hay toreros millonarios a los veinte años, y donde gastan automóvil políticos salidos de la nada, sin otro mérito que haber azuzado los instintos de reivindicación, que no pueden menos de existir en el pueblo a quien nadie se cuidó de enseñar que la injusticia y desigualdades de aquí abajo no se compensan más que con la lógica y justa desigualdad en otro más arriba...¿Cómo exponerme a que unas líneas mías pudieran restarle a la nueva obra de Galdós un solo espectador? Antes me dejaría cortar la mano derecha.

Decir que anoche se tributó a Galdós una gran ovación, es cosa, por descontada, inútil; con razón, como ayer; sin razón como otras muchas veces, a Galdós se le aplaude siempre, y está bien que así suceda. Yo, por mi parte, sé decir que en muchas ocasiones, aún sin gustarme poco ni mucho las obras, le he aplaudido, porque sabía que allí dentro, detrás de los bastidores, el noble anciano que desde que era yo un niño y hurtaba horas al estudio para leer a escondidas me deleitara con la magia de su pluma, esperaba, nervioso e impaciente, que hasta sus oídos llegaran los primeros aplausos, sabía que su alma, que los años han retrocedido a deleitarse en las pueriles vanidades del éxito, aquellos aplausos significaban instantes de profunda alegría, que se retrataba en sus ojos casi ya sin luz, y sabiendo y todo esto, me hubiera parecido pequeño y mezquino no contribuir a la satisfacción del hombre que tantas horas de estético placer hubo de proporcionarme con sus obras admirables. Si alguno, al ver su nueva comedia, no la

Sor Simona

encuentra del todo a su satisfacción, piense en eso; piense en el Galdós de Fortunata y Jacinta, piense en el cantor de los Episodios Nacionales, piense en su edad, en su pobreza, en sus desventuras, y seguro estoy de que ha de aplaudirle como el más incondicional de sus admiradores.

España está en deuda con Galdós, cuantos hablamos castellano debemos remediar la injusticia de un gobierno que despilfarrando a manos llenas el dinero de la nación, no ha encontrado medio de asegurar la vejez del hombre que honró siempre el suelo en donde vio la luz, y el modo de remediarlo es uno: llenar los teatros donde se representen sus obras y agotar las ediciones de sus libros.

¿Estás conforme conmigo, lector? Pues tu conformidad se demuestra en la sala del teatro Infanta Isabel. Pocas palabras respecto a la interpretación dada a Sor Simona por la compañía de Tallaví.

Tallaví no tiene un papel en la nueva obra; por deferencia de Galdós se ha encargado de un tipo sin importancia, a pesar de lo cual y para demostrarnos que no hay papel pequeño para un cómico grande dijo y compuso el personaje con el entusiasmo y la conciencia en él habituales. Como no me gustan las exageraciones, os diré, como se ha escrito a propósito de él, que es un autor enorme, colosal e inmenso -creo que adjetivos de ese calibre deben dejarse para Talma o Irving si resucitaran- Pero sí que es un gran actor, uno de los actores que honran el teatro español.

María Gámez, la eminente actriz que comparte las labores y los éxitos con Tallaví, fue una vez más la actriz femenina por excelencia; la actriz que, sin grandes dotes de belleza, sin ayudarle la figura, sin la aureola de un prestigio escénico, nos encanta y nos subyuga con su arte y sobre todo con su voz, esa voz de cristal de Baccarat y suavidad

acariciadora de terciopelo. Anoche María Gámez se ganó muy merecidamente un nuevo entorchado en su carrera.

De los demás actores, citemos como aciertos el trabajo de la señorita L. heredia y el de los señores gabaldón y Sata. Los demás no pasaron de discretos.

Ignotus.

La Correspondencia Militar

Un estreno de veterano maestro de nuestra literatura es siempre un acontecimiento teatral, una solemnidad artística. Don Benito Pérez Galdós, en el libro, como en la escena, domina a maravilla los resortes emotivos y sabe encarnar en sus personajes la psicología ambiente. Nadie como él para dar vida a una idea y alma a una vida, a más, conoce por su labor infatigable y hermosa el desarrollo de la vida nacional en todo el correr de un siglo de pasiones, aventuras y luchas, y le es dable pasar del libro al teatro a personajes que vivieron en sus obras y que se inmortalizaron con ellas.

La trama de la obra de anoche no es nueva ni en Galdós ni fuera de Galdós; más o menos válida fue tema de cuentos bélicos, de narraciones guerreras; una hija predilecta de San Vicente de Paúl busca en la abnegación y en la caridad lenitivo a sus desengaños, cauce a su misticismo, nacido como corolario de su infortunio, su beatitud es bálsamo al cuerpo y anestésico del alma. Fue su desengaño amoroso que, sin menoscabar su emplaridad virtuosa, desfloró sus ilusiones, aprisionando su alma juvenil y hermosa en el sagrado voto del sacrificio mundano.

Paz a los hombres de buena voluntad, se repite entre místicas exaltaciones en el apostolado de su vida, puesta al

Sor Simona

servicio de los demás. La guerra civil incendia pasiones en la rica región navarra, y Sor Simona, que cree en un Dios infinitamente bueno, tiene por Patria a la Humanidad, y cura con idéntico celo a tirios y a troyanos.

Un joven liberal es condenado a muerte por espía, en él reconoce la monja al hijo del que un día fue su prometido, y para salvarle la vida, finje ser su madre, y se confiesa culpable de un delito irrealizado. Evita la fatal sentencia en canje de prisioneros, y Sor Simona vuelve a sus piadosas y confortantes prácticas cristianas.

La obra, dialogada magistralmente, valió a Don Benito Pérez innumerables ovaciones, por el primer de observación que revela en todos los tipos, hasta en los más secundarios, y por la pureza del ambiente local y de su época.

Muy bien la señorita Gámez y el señor Tallaví, así como el resto de los intérpretes. Para el insigne maestro nuestra admiración y nuestros plácemes sinceros.

Diario Universal

Quiéranlo o no los fabricantes de comedias, proveedores titulares se los coliseos madrileños, aún hay clases, y de tal modo son claras y terminantes las diferencias entre ellas, que basta una escena para conocer si trazó una obra la garra del león o la modestísima pata de gato. Anoche, oyendo en el teatro Infanta Isabel, el *Sor Simona* de Galdós; podíamos creernos transportados, sino a otro planeta, cuando menos a otro país; a un país en que para escribir comedias ante todo saber escribir y en que no se haya declarado, como en el nuestro, no ya el divorcio, sino el antagonismo absoluto por sorprendente que parezca, entre la dramaturgia y la literatura.

Sor Simona

Sor Simona, no será quizá, ni nadie puede pretenderlo, la mejor obra de Galdós; pero tal como e stiene sobre nuestro Teatro moderno, salvo rarísimas excepciones, una superioridad tan grande que no hay modo de desconocerla ni aún teniendo una enormísima y muy lamentable miopía intelectual.

Anoche, el maestro, sin escenas episódicas, sin exceso de personajes, sin auxilios ajenos, sin más que su portentosa fuerza evocadora y su prodigiosa facultad pictórica, nos hizo vivir durante dos horas en plena guerra civil sobre los campos de Navarra; logró que nos asomásemos al alma de los guerrilleros y a los campesions de aquel tiempo y de aquel país, y puso sobre toda aquella evocación completa la idea capital que es como lo dominante de toda la dramaturgia galdosiana: el ideal de amor y libertad, que aparece como norma definitiva de la vida, resolviendo los más arduos conflictos en las obras -en las dramáticas- del autor de Realidad, La de San Quintín, La loca de la casa, y Celia en los infiernos.

Sor Simona es una afirmación más de ese mismo principio ético, un nuevo acto del apostolado generoso en que Galdós quiere convencernos a todos de que olvidamos demasiado el precepto divino que nos manda amarnos los unos a los otros y convencernos también de que ese olvido es la causa de todas las desdichas humanas. Sor Simona es una pobre mujer que sólo debe al al amor la más grande desdicha de su vida: un total derrumbamiento sentimental, que la lleva primero al convent y después a la locura; y sin embargo, Sor Simona predica con el ejemplo la eterna y soberana ley del amor, que para Galdós, será ley de las leyes en una Humanidad más perfecta. Cuando puede huir del convento es para dar su alma a los pobres, a los desvalidos, a los menesterosos, y, finalmente, para ofrecer su honra, primero, y dar después su vida, en sublime martirio por el

Sor Simona

amor mismo, a los que mataron en flor sus ilusiones amorosas.

En el ambiente trágico que la rodea, todo invita a Sor Simona a ser cruel; el más menudo y el menos fecundo germen de odio llegaría a fructificar poderosísimo entre aquellos soldados que creen providencial la misión de matar y destruir junto al cabecilla que pone un rezo, en latín para mayor eficacia, junto al golpe mortal que ha de destruir un enemigo.

Ese ambiente está perfectamente pintado en la obra que anoche vimos y la fuerza de la pintura no depende de la cantidad ni de las disonancias del color, sino de la exactitud, de la perfecta concordancia de los matices del natural con los matices de la pintura.

No es ya en el teatro de Galdós, al que a veces se señaló como defecto el excesivo análisis en la totalidad de nuestro Teatro sería difícil encontrar muchas exposiciones tan sobriamente hechas como la de Sor Simona, y sin embargo, el carácter de los personajes, el de la época, y el de la tierra están en aquellas escenas tan admirablemente reflejados que no sería posible situar de otra manera aquella acción en el tiempo, en el espacio y en la mentalidad de las gentes.

La técnica de Galdós en ese acto es perfecta, un solo personaje no se presenta por sus acciones, sino que, ajustándose más a cánones viejos y muy inferiores a los de la dramaturgia galdosiana, nos es dado a conocer por el diálogo de los personajes; pero ese diálogo, conversación o consulta entre dos médicos acerca de un caso de locura, es tan natural, y la pintura de ese carácter, en esa forma, tan necesaria, de no anteponer, a guisa de prólogo, un asunto escénico de la vida anterior a su profesión de Sor Simona,

Sor Simona

que, lejos de contituir defecto, es un acierto completo y definitivo.

Los dos actos restantes no desmerecen del primero. Las figuras siguen viviendo en ellos con perfecta naturalidad, Sor Simona, Natica y el Sacris, no pierden ni un solo instante ni en una una sola palabra, su fuerza de ser reales vivientes. Podrá ponerseles reparos, y no faltará quien diga que hay algo de infantil en las acciones finales de la monja y del cabecilla y que es poco solemne el Consejo de Guerra que ha de juzgar a Navarrete, pero ese infantilismo no es, de ningún modo artificial, ni mucho menos implica degradación psíquica no sentimental de esas figuras. Sor Simona y el Sacris son desde el principio y siempre almas niñas, y es lógico, perfectamente lógico, que sigan siéndolo cuando llega el momento culminante del conflicto dramático.

En cuanto a la solemnidad del Consejo de guerra, ¿podríamos exigirla en las condiciiones que en la obra se dan cuando no se trata del consejo, sino de una diligencia trámite de él, que por deferencia a Sor Simona hacen los jefes carlistas en la casa donde la religiosa mora?

Tampoco faltarán espíritus que censuran a Galdós por haber encarnado el espíritu de piedad y amor al prójimo en una religiosa; pero la objeción será aún menos válida que las anteriores. Sor Simona pone fin a la obra con un anhelo de libertad. Con tocas y sin tocas, como lo es en el convento y fuera del convento, su alma seguiría siendo compasiva y fraternal, y todo nos hace suponer que al regresar a Viana, llevada por sus deudos, no serán en las tocas donde encontrará normas de conducta ni obligación de amar.

Sor Simona pues, es un nuevo acierto de Galdós. Quizás pudo tener más desarrollo y ser así más teatralmente

efectista; pero ni el camino de los efectismos fue nunca el de la verdadera dramaturgia galdosiana, ni es condición, sino defecto, del Teatro actual.

El público, que aplaudió mucho y aclamó al maestro cuando apareció en escena, fue justo, y aún lo hubiera sido más aplaudiendo con más calor. Sor Simona es una magnífica comedia y sobre una comedia que está tan por encima de cuanto en Teatro actual, -salvo contadas excepciones- se etsila, que bien merece gratitud su autor por habernos elevado durante dos horas a más sanas esferas.

La interpretación fue buena en general; se distinguieron la señorita Valdivia, que hizo una admirable Natica y fue justamente elogiada por todos, la señora Gámez y el señor Tallaví.

Alejandro Miquis.

El Globo

practicar el bien por amor. He aquí el elma, hermoso por demás, de Galdós, sobre el que hallan base todas sus obras, y aun pudiéramos decir también su vida. Cosa en verdad muy grata para los corazones nobles, para quienes vense libres de envidias y recos, de todas esas bajas pasiones que de continuo atormentan a la humanidad, y sin las que el mundo sería una delicia, es hacer bien a todos, aun a nuestros enemigos.

Comprendiéndolo así, sintiéndolo así el maestro Galdós, todo bondad y dulzura, propúsose desde los primeros años de su juventud ir sembrando durante su vida las buenas enseñanzas, las que, practicadas al pie de la letra, acabarían en un acomplete regeneración que, muy a pesar de los que de tdoas veras los deseamos, no llegará a nosotros.

Sor Simona

El insigne don Benito, el con mucha razón llamado patriarca de nuestras letras, el escritor inagotable, no obstante su edad y sus achaques, ha hecho ahora un drama hermosísimo y muy humano, como muy humanos y muy hermosos son esos otros dramas, que se titulan *Electra*, *celia en los infiernos* y *Los Condenados*, por no citar todos los suyos.

Sor Simona lleva en sí el espíritu del amor, del amor por el amor mismo, por lo que el amor deleita el alma que sabe sentirse y comunicarle, siquiera no le sea posible conseguirlo de modo completo, a quienes le rodean, seres, la mayor parte, incapaces de sacrificarse en bien de sus semejantes, de sus hermanos, en esta gran familia humana, tan mal avenida, precisamente por falta del amor que unos a otros debiéramos profesarnos.

Sor Simona no es la monja perturbada que creen algunos, aun de los que mmás cerca la conocen; la mujer santa es, la mujer amorosa que en la plenitud de su vida y de su hermosura no vacila en hacerse responsable de un delito, el delito de espionaje, ante un tribunal militar -delito que está muy lejos de haber cometido- con la sola idea de que no muera el verdadero culpable, un joven estudiante alistado en el Ejército liberal, en lucha contra los carlistas. Declarándose, además y de modo terminante, madre del prisionero, consigue las murmuraciones de varias gentes que hasta entonces creyeron y defendieron en ella la virtud de la castidad.

Nada importa a Sor Simona, si con ello consigue el bien que desea. He aquí el amor, el verdadero amor, el amor noble, desinteresado, sobreponiéndose a todo. El insigne Galdós ha triunfado esta vez, como siempre. Las ovaciones que anoche se le hicieron al final de todos los actos de su obra y las que han de hacérsele en representaciones

sucesivas, son buena prueba de este triunfo que podría llamarse definitivo, si otros definitivos triunfos no le hubieran precedido.

María Gámez hizo el papel de Sor Simona con la naturalidad, con la placidez y dulzura que él requiere. Muy bien Tallaví y los demás intérpretes de la obra en los suyos respectivos, si se exceptúa al Señor Aguilar, que sigue desentonado, no sabemos si por falta de estudio de los personajes que representa o por no saber identificarse con ellos.

F. Gonzalez-Rigabert.

El Liberal

La fecundidad de nuestro glorioso Pérez Galdós cosa es que asombra. Quien como él tan enorme y excelso bagaje literario de todos géneros posee, llegado a la senectud, no piensa en el descanso, que tan sobrada y justamente tiene ganado. Galdós, por necesidad psicológica que le domina, produce siempre; su potente cerebro no se agota jamás. Don Benito, en tanto que un hálito de vida le reste -y así sea por muchos años- continuará ofreciéndonos muestras de su privilegiado numen, ya en la novela, ya en el teatro.

Achacoso y casi ciego, conserva lozano y vigoroso su entendimiento, ese entendimiento colosal, que tantos deleites exquisitos, tantos inefables goces espirituales nos ha procurado en la adolescencia. A Galdós lo admiramos y reverenciamos como un ser superior a quien nuestras primeras y más grandes emociones literarias, y a quien, llevados de ese especie de culto que le profesamos, hemos seguido paso a paso su intensa y extensa producción, encontrando de continuo en ella algo que nos encanta y maravilla. Un hombre como Pérez Galdós es la

Sor Simona

personificación del genio, y como tal le reputan cuantos conocen su obra general, que son la mayoría de los españoles que saben leer y no pocos extranjeros con alguna cultura literaria. El cerebro siempre en ebullición de don Benito ha compuesto ahora un drama, que anoche conocimos en el teatro infanta Isabel y en el que el inmortal autor de los Episodios Nacionales ha atendido principalmente a la pintura de lugar y de época. En este concepto es realmente admirable Sor Simona.

Las cualidades de observador fiel de la vida y del ambiente de algún periodo de nuestra historia, que tanto ha contribuido a poner muy alto el nombre de Galdós, brillan esplendorosamente en esta nueva producción del autor incomparable de Misericordia.

El drama se desarrilla en Navarra, durante la segunda guerra carlista, y los personajes son casi todos lugareños partidarios del Pretendiente y oficiales de su ejército. El cuadro está trazado de mano maestra por el color y la verdad de él, y todas las figuras hablan como es procedente y natural. En cuanto a descripción de costumbres y modo de ser un momento histórico, no puede darse nada más acabado ni más artísticamente natural.

Parece aquello uno de los maravillosos Episodios de Galdós trasladado a la escena con rarísima habilidad y sin perder apenas en carácter ni en colorido. La fábula que en aquel marco se desenvuelve es sencilla. Sor Simona sufre un tremendo desengaño amoroso llegado a un convento, al incendiarse este, se dedica a ejercer la caridad por los pueblos en que arde la guerra. Sus actos piadosos son tantos y algunos entrañan tan enormes sacrificios que bien pronto la fama de las virtudes de Sor Simona se extiende por toda la comarca y se la llega a conceptuar como santa.

Sor Simona

Traen unos prisioneros alfonsinos al lugar donde está Sor Simona, y entre ellos viene un adolescente, casi un niño, malherido, a quien se considera espía. La monja quiere verle, y, a su presencia, reconoce en él inmediatamente al hijo del novio que la traicionó y que fue causa de entrada en religión. Decidida a protegerle a toda cosat, se declara su madre, por creer que siendo hijo suyo podrá impedir que se le fusile.

El Consejo de guerra no se muestra muy conforme con tal declaración; pero en aquel momento llega un orden de canje de prisioneros que lo arregla todo satisfactoriamente. Este es en síntesis el asunto de Sor Simona, que interesa y conmueve, principalmente por lo artístico, poético y real del cuadro. Galdós fue aclamadísimo. Todo el público ovacionó al insigne Don Benito como representación la más elevada del arte literario español contemporáneo.

Se aplaudió ayer a la nueva obra; pero aún más se aplaudió al patriarca de las letras castellanas, que tanto esplendor y brillo han alcanzado con la obra genial del excelso Galdós. Ese se presentó en escena muchas veces al final de cada uno de los actos de Sor Simona. No hay grandes papeles en Sor Simona. La protagonista fue la señora Gámez, que cumplió con discreción su cometido. Tallaví caracterizó y dijo con el indudable talento artístico que posee el papel de Sacris, del que obtuvo realmente todo el partido posible. Los demás actores cumplieron discretamente. La escena, bien presentada.

Nuevo Mundo

Hubo un tiempo en que, tomando un poco el rábano por las hojas y confundiendo lo que era orientación general de la literatura con lo que parecía ser, porque a ella había llegado primeramente la buena nueva, característica de la

novela, se discutió si un novelista podía de la noche a la mañana convertirse en dramaturgo.

Aquella discusión debió quedar cerrada la noche memorable del estreno de *Realidad*; pero el magistral drama de Galdós sólo sirvió para enconarla. A muchos les convenció con la elocuencia definitiva e indestructible de los hechos de quien sabía hacer vivir épocas y figuras en las páginas muertas de un libro, podía mejor hacer que vivieran en el movimiento intensísimo de la escena; pero como, según Dumas, las ideas son como los clavos, que se aferran a cuanto más se los golpea, para otros *Realidad* con su cuadro en casa de la La Peri, perfecto modelo de factura y de verdad escénica, fue la demostración definitiva de que el novelista era el ser absolutamente antagónico del dramaturgo. Crítico hubo que, por todo análisis del hermoso drama escribió o doce líneas con esta conclusión: zapatero a tus zapatos. Y aquel crítico era coronel de la Guardia Civil.

Ahora ya no se discute ni aquel problema ni ningún otro, y cuando estrena Galdós nadie se acuerda de que don Benito es novelista. Es lástima, porque si alguien pidiera pruebas de la compatibilidad entre los dos oficios podríamos mostrarle, como en otra época, aquel admirabilísimo primer acto de *Gerona*, modelo de exposición teatral, el de la comedia que ahora, con mucha razón, aplaude el público en el teatro infante *Isabel*.

Galdós, novelador formado en la escuela naturalista, analizador insuperable de ambientes y de psicologías por ellos creados en sus novelas, llega en el teatro a la suprema maestría en la pintura de esos ambientes, y con ella a la mayor fuerza de realidad de sus personajes, y el primer acto de *Sor Simona*, sobrio y sencillo, contra lo que constantemente señalaron como defecto los enemigos de la

dramaturgia de Galdós, en este sentido un verdadero modelo que para nadie será fácil superar.

Por mucho que se rebusque en la dramaturgia contemporánea, n se encontrararán una docena de actos que, a ese respecto, puedan parangonarse con el que ahora nos ha dado Galdós, y si la hay, la mitad de ella, por lo menos, habrá salido de las propias manos del maestro.

En *Sor Simona*, como en el drama histórico que antes cité, muerto alevosamente en pocas horas en el escenario del Español, y que está pidiendo una revisión, el autor de *La loca de la casa* da en unas cuantas escenas la sensación completa y exacta de una época y de un país. Aquello es Navarra durante la guerra civil y cuando allí ocurre están tan perfectamente encajado en el admirable fondo, que sólo desentendiéndose de aquel ambiente, por una pétrea dificultad de adaptación, puede ser juzgado pueril o inverosímil. Claro está que ni *Sor Simona* ni el *Sacris* son personas que anden por los salones madrileños en esta nuestra época de desilusión y falta de fe; pero tampoco estos salones son la tierra navarra en la época en que andaban por ellas la hueste de Dorregaray y los soldados de Moriones.

Precisamente en percibir esas diferencias y en traducirla en la psicología de sus personajes está, en el teatro como en la novela, el mérito principal de Galdós. Nada más cómodo para un dramaturgo, o para un novelista, que llevar a escena o al libro las figuras de su época, que ve cotidianamente y en cualquier momento puede estudiar, y nada más absurdo que esos dramas y esas novelas seudohistóricas en que los personajes no se distinguen de los que ahora viven, sino en el traje y, cuando más, en la deformación del léxico y de la sintaxis imitados, más o menos fielmente, del léxico y de la sintaxis imitados, más o menos fielmente, del léxico y de la sintaxis de los autores

clásicos. Entre ellos y las obras de Galdós, que resucitan épocas y personas y sabe dar a cada una su propio perfume y su debido sabor, hay una distancia enorme, y desconocerla, pretender juzgar a las figuras así redivivas más que creadas, por mucho que sean figuras de ficción, con criterio actual, es demostrar incompreensión lamentable y lamentable falta de sensibilidad artística. Es, sobre todo, perder lo más hermoso de la obra galdosiana.

Es, además, colocarse en la mejor actitud para no comprender la obra del maestro, para no sentir la perdurable belleza, la inmensa generosidad del pensamiento que informa toda, o casi toda, la obra dramática del Galdós. Quizá, y sin quizá, para encontrar una expresión verosímil y soncera de ese ideal necesita ahora al autor de *Sor Simona* encarnarla en la psicología un poco primitiva de sus personajes rudos, selvático, sin excesivo contacto con los fermentos destructores que engendra la civilización incompleta. Esas ideas, en efecto, pueden tener traducción en espíritus superiores como el de Orozco, o en espíritus primitivos, inocentes, como el de la monjita escapada del hospital navarro, no en la mediocridad de los seudocivilizados de las ciudades en la época actual, para quienes la lucha por la vida es demasiado ruda y destruye, naturalmente, los instintos de generosidad, de paz y de amor que constituyen el ideal galdosiano.

Para nosotros, tomándonos como unidad de medida, *Sor Simona*, puede parecer un poco incomprendible, pero aun suponiendo que no fuera, como es, positivamente real, ¿no sería consolador que alguien pudiera imaginarla y más consolador verla en escena? Por fortuna, el público comprende o siente la creación de Galdós y aplaude *Sor Simona* como la obra merece, y en definitiva esos aplausos, no en pueden compensar los errores de algunos doctores que se creen en el caso de aplaudir a Galdós a título de

limosna, como si en Sor Simona n hubiese mas arye que en la mayoria de las conedias que se creen en ecaso de aplaudir.

Alejandro Miquis.

El ideal romántico

Sor Simona, monja perteneciente a la Congregación de San Vicente de Paúl, que ocupaba el Hospital de Viana, destruido por un incendio, se escapa de la Comunidad, cuando ésta desaloja el local sin que se le haya podido dar alcance. Según parece Simona sufre de enajenación mental, por lo que sus compañeras la recluyeron en una celda de la enfermería, donde la cuidaban con tanto esmero como cariño, dado que la Comunidad la tiene en gran estima, por su virtud y por la dulzura de su carácter, que no desmintió ni aún después de manifestarse en ella la dolencia cerebral. Siempre piadosa y pacífica, consistía su locura en suponerse que vivía en otra época muy anterior a la actual; en querer infringir las reglas de la orden, pretendiendo salir del convento para recobrar su libertad, y lanzarse a través de los campos. Dos años antes logró escaparse, y estuvo tres días por las aldeas próximas a Viana, cogiendo flores, y curando a los enfermos que encontraba en su camino.

Los Hospitales de finales de siglo eran lo que hoy podríamos denominar un antihumano lugar de espera de la muerte, donde el ser, no haya su homología existencial, más al contrario eran la antesala de la muerte. Concepción Arenal los definía como una aglomeración antihigiénica y antihumana"¹. Afirmaba que las leyes, planes y reglamentos eran "buenos y precisos", pero que las realidades, "salvo excepciones, harto raras, debidas a individuales esfuerzos", resultaban deplorables"². No estaban en función de la salud, sino en función de los enfermos. Hospitalizarlos, atenderlos, curarlos...era el objetivo cumbre. Estaban planificados para

dar asistencia a pobres que no podían acudir a consultas privadas, que no tenían aquel "médico de cabecera", confidente secular de toda familia medianamente acomodada. Albergaban a miserables, ofreciéndoles condiciones exiguas y recursos técnicos mínimos. A los médicos, que tenían la obligación de asistir, se les retribuía simbólicamente por sus servicios. Y era, desde luego, la caridad de las instituciones religiosas la única fuerza que elevaba su nivel. Es esta la razón por la que las monjas tenían una consideración social muy preferente, pues era la labor casi siempre desinteresada de estas mujeres las que venían a intentar solucionar y dar consuelo a una enorme problemática social, de orden político, ante la que nadie tenía interés. La historia por tanto, de esta monja activista social, podría ser la historia de muchas religiosas de la época, sobre las que Galdós construye su personaje, idealizándolo más si cabe, y llevándolo al terreno de lo romántico, en el sentido más utópico de la palabra. A Galdós que le preocupaba la edad madura o vejez del ser humano, denuncia en sus obras implícitamente, el lugar social que ocupan.

El personaje, tiene algunas reminiscencias de otros de la enorme y extensa galería de figuras humanas que Galdós a lo largo de toda su obra nos ofrece. Así pues, Sor Simona padece de enajenación mental, y al igual que otras heroínas de antaño, como Isidora Rufete por ejemplo, su locura se decanta por causa de lecturas, reminiscencias quijotescas, y por causa del amor, que es el que normalmente desencadena los procesos de enajenación. Tal es el caso por ejemplo de Celia, *Celia en los infiernos*, la cuál, reacciona y hace poner en marcha los resortes de la acción en el momento en que se entera de que su hermana de leche es la prometida de su amor utópico.

Supone Uribarri que en el desquiciado cerebro de su sobrina, se reproducían los cuentos, con que la entretuvo en

su infancia, su abuela Doña Catalina, viviente crónica de Navarra. La libertad para Simona, al igual que lo fuera para Don Quijote, es un don del cielo, del que no se puede privar a nadie, y en busca de esa libertad, Simona se lanza al mundo también para encontrar un sentido a su existencia. En lo que Clavijo relata, no encuentra el punto de partida, el choque inicial, la crisis de que proviene el desequilibrio de su razón. Su infancia fue completamente normal, pero cuando pasaba de los diez y ocho años, se enamoró de ella un joven de La Guardia, Ángel Navarrete, de familia respetable y amiga, y la muchacha correspondió a ese afecto. Las relaciones aquellas duraron seis o siete meses tan sólo, pues el mozo, en un viaje que hizo a Vitoria, conoció a una hija de los Condes de Salvatierra, de la que tan intensamente se prendó, que se desdijo del anterior compromiso. La pobre Simona soportó el golpe con heroica entereza y callada resignación, pero Ulibarri observó densa palidez en su rostro, y en su voz como un esfuerzo para esconder la tempestad desencadenada en su corazón. Dióse a las lecturas místicas; rehuía el trato de las gentes, frecuentaba la Iglesia, y al año era Hermana de la Caridad. Nunca volvió a nombrar a su antiguo novio ni a la mujer de éste: o los arrojó de su alma como cosa muerta, o los guardaba dentro, muy adentro. Han diagnosticado una existencia dividida en dos partes: Ulibarri la primera, y Clavijo la segunda. ¿Pudo apreciar éste algún síntoma, por insignificante que sea, palabra, gesto, exclamación, que relacione el estado físico y moral de Sor Simona con la crisis de amor y despecho de su juventud?. Clavijo recuerda que, predicándole él que olvidase sinsabores de otro tiempo, dijo ésta que tenía el alma limpia de todo rencor, "firme en la enseñanza de Nuestro Señor Jesucristo, amo a mis enemigos y hago bien a los que me aborrecen", escena VI, acto I. Uribarri no está conforme en volverla al convento cuando la encuentren. ¿No sería mejor y más humano dejarla en libertad, para que corra de lugar en lugar cogiendo flores y curando enfermos? Así será.

Esta obra obtuvo un reconocido éxito completo en la noche de su estreno en el Teatro Infanta Isabel, siendo aclamado Galdós en los finales de acto. Personaje éste de la más dulce creatividad galdosiana, tiene todo el carácter espiritual de este último ciclo literario, tanto dramático como novelesco, donde se sitúa en primer lugar la búsqueda de la una verdad espiritual, que organice y rija la vida del ser humano en contacto con la realidad y con la sociedad y su ética problemática. Como estructura dramática carece por completo del elemento dramático más literal. La idea romántica del autor sobre el personaje hace que en un momento en donde la acción llega al clímax, ya en el acto III, precisamente por querer dirigir el personaje hacia una idea concreta, "consagrar la vida al socorro de los infelices y menesterosos. Libremente", encontramos cierta ruptura con la realidad, pues en las guerras, generalmente la vida tiene otro sentido muy distinto al que Galdós presenta en este drama, por tanto la idealización y el romanticismo del personaje rompen el hilo natural del drama. En esta obra la tesis del autor predomina sobre los personajes por completo, así como sobre la acción que se muestra pobre por querer llegar a un final "feliz" donde desarrollarse el autor dramático.

El drama tiene interés por la temática, una monja que escapa de la clausura porque quiere sentirse libre para desarrollar sus ideas caritativas de cristiandad, independientemente de cualquier forma de dirección espiritual. El sentimiento por la fe y el amor a los semejantes como alternativa al espiritualismo de entremuros en que habían desarrollado su fe la mayoría de las mujeres que conocemos como santas. Es necesario la salida a las calles, salir del enclaustramiento para combatir en la realidad, en la sociedad, en las guerras. Precisamente porque son ideas muy avanzadas en la época con respecto al papel de la mujer soltera en la sociedad, la obra pierde su interés al final, que es

Sor Simona

cuando aparece un excesivo romanticismo y una idealización del personaje que rompe con lo que podía haber sido un proyecto muy revolucionario de la mujer y su actividad en las guerras. El final es un predominio de los intereses personales por los colectivos, ya que lo que mueve a Simona es una redención personal, una superación mística de un conflicto muy particular donde ella perdona y se redime, pero no se exponen unos intereses que cuiden la colectividad de la sociedad, independientemente de las anécdotas personales. Por eso este drama no es completo, pierde dramatismo al bucear en lo excesivamente particular y por tanto deja de ser universal por ser demasiado individualista. De hecho la obra gustó mucho, pero más bien lo que se deduce de tan respetuosas críticas es el personaje de Sor Simona, en una lectura individualista del conflicto. La caridad y el amor, como virtudes interpretadas por una monja en escena, no deja de ser por otra parte una "explosión" pictórica, sobre todo por que el espectador no olvida que esta idealización o proyecto femenino viene de un autor, que otrora tiempo, fue el más combatido anticlerical, de cuantos se encontraban viviendo aquellos años tan confusos de la realidad española. Una versión muy particular que cambia el destino como personaje de la Inés de *Don Juan Tenorio*.

El programa de apostolado en España

Galdós siempre innovador en sus propuestas escénicas y enterado de todo lo que sucedía en la sociedad española, quiso con esta obra reflejar, además del ideal romántico que suponía por otras propuestas de personajes que ya habíamos visto a lo largo de la historia del teatro (Doña Inés, Margarita la tornera, etc...) su propia propuesta social: la monja seglar. En la segunda mitad del siglo XIX se imponen de lleno nuevas ideas en este terreno social. La beneficencia deja de considerarse por parte del Estado como expresión de la caridad cristiana para convertirse en un deber

de asistencia. El principio de la solidaridad humana presenta el problema a escala nacional, y la ayuda al indigente pasa a ser una obligación que asume el Estado. Es así como la secularización, iniciada años atrás, se confirma y realiza, pues esta mentalidad informa la legislación y modifica las estructuras. A las formas tradicionales de practicar la asistencia en los monasterios y parroquias sucederá una organización pública, y los jefes políticos, con autoridad omnímoda, pasarán a ser responsables de este servicio. De hecho toda la beneficencia pasa a ser del Gobierno, ya que todos los establecimientos -públicos o privados- quedan sometidos a la voluntad, control y regulación estatal. El marco legislativo, en el que debía encajar el Instituto a mediados del siglo XIX, era diverso del que tenía cuando se fundó en 1826. La Ley y Reglamento del 23 de enero y 6 de febrero de 1822³ que organizó la beneficencia pública, inspiró la acción y actuación de la comunidad de Carmelitas⁴, por ejemplo, de las que su trabajo social y educativo en la sociedad está considerado como pionero en este campo. El trabajo social de esta comunidad convirtió la beneficencia pública en una acción cristiana, y creó en sus establecimientos un clima de familia y una consideración cordial, aunque no pudieron escapar a los errores de una organización social de tipo clasista y capitalista.

En 1852 se establece una rigurosa centralización, a base de montar la beneficencia a tres niveles -municipal, provincial y general- en dependencia sucesiva⁵. Es el Gobierno, por conducto del Ministerio de la Gobernación, el que se reserva la facultad de crear o suprimir establecimientos, agregar o segregar sus rentas, confirmar o destituir sus patronos, y el que se hace cargo del mando supremo de todos ellos a través de las Juntas respectivas⁶. La creación de una Junta General en Madrid, y de Juntas provinciales y municipales en capitales y municipios⁷, es lo que constituye la originalidad administrativa de este

documento. A través de estas Juntas, presididas por los respectivos jefes políticos, se reglamenta y asegura el gobierno interior de las casas, su administración y su enlace con el Gobierno central a base de informes, rendición y cuentas y estadísticas⁸.

Esta visión tripartita preside también la clasificación de los establecimientos, en generales, provinciales y municipales⁹, según su dependencia inmediata. Sin embargo, la finalidad que se asigna a cada tipo de establecimiento está regulada por un criterio diverso, atendiendo a sus funciones más que a su localización. Según este sistema, los establecimientos generales son los que quedan a cargo del Estado, y están destinados a satisfacer necesidades permanentes o que reclaman una atención especial. Son de carácter nacional y su número debe ser el siguiente: seis casas de dementes, dos de ciegos, dos de sordomudos y 18 de decrepitos, imposibilitados o impedidos¹⁰.

En cada capital de provincia, y bajo su dependencia económica, deben existir los establecimientos que tienen por objeto el remedio de enfermedades comunes y el auxilio a menesterosos por orfandad o incapacidad para el trabajo. Habrá, por tanto, un hospital, una casa de misericordia, otra de huérfanos y desamparados, y una casa de maternidad y expósitos. Debiendo existir, convenientemente repartidos por toda la provincia, algunos hospitales de distrito subalternos como auxiliares del provincial¹¹.

Los municipios deben tener a su cargo establecimientos destinados a socorrer enfermedades accidentales; su oficio es trasladar a los enfermos o menesterosos a los hospitales provinciales o establecimiento general que le corresponda¹². Este nuevo carácter dependiente que se da a los hospitales municipales, unido al mayor incremento e importancia que recibe la beneficencia

domiciliaria, es posiblemente una de las notas más características del Reglamento de 1852, y que, de hecho, más afectaron a la modificación de las anteriores estructuras, puesto que señala como misión propia de los municipios el proporcionar a los menesterosos, en el hogar doméstico, los alivios que reclaman sus dolencias o su pobreza. Así, pues, mientras cuatro artículos están dedicados a planificar y asegurar la beneficencia domiciliaria, llamada "base esencialísima de todo buen sistema de beneficencia pública"¹³, los hospitales municipales tienden a quedar reducidos a la mínima expresión. Según el espíritu de la nueva ley, y tal como la explicita el artículo 90, "el verdadero y esencial objeto de la beneficencia municipal consiste en los socorros y hospitalidad domiciliaria", formando para ello Juntas parroquiales y de barrio, como dependientes de la municipal, a la que deben rendir cuentas. Deben ser estas Juntas las realizadoras prácticas de una serie de responsabilidades que asume el orden público y que les encomienda: hacer las colectas, recoger los menesterosos, repartir a domicilio los socorros en especie, promover la primera enseñanza y el aprendizaje de oficios, y preocuparse de la higiene pública atendiendo a la vacunación de los niños¹⁴.

Esta sistematización de esfuerzos que, en forma individual, hace tiempo que venían funcionando, explica una realidad: el nacimiento de instituciones religiosas expresamente dedicadas al cuidado de enfermos a domicilio: las llamadas "veladoras"¹⁵. Es también esta ley la primera exposición oficial de una serie de necesidades que sólo pueden tener remedio en el hogar, y a las que con el tiempo la Iglesia ha ido creando en forma institucionalizada, su respectiva respuesta¹⁶.

No cabe duda que la dedicación personalizada hacia los más necesitados de la sociedad, surge y es una respuesta y

una opción de servicio para una España en la que las clases pudientes olvidan su responsabilidad más básica de solidaridad con los necesitados. Este trabajo social tiene que ser desarrollado por personas a las que no les importan consagrar su vida y plagarla de sacrificio. Esto sólo puede ser realizado por mujeres, que son las que por naturaleza pueden desarrollarse así. En este sentido quiero recordar las palabras que en su momento escribe Concepción Arenal, personalidad que intuyo como fuerte influencia en el escritor para la creación de este personaje de Simona. Escribe así Arenal, definiendo a la mujer desde su naturaleza más básica en *La mujer del porvenir*:

La mujer, es mujer aunque no sea madre, es decir, que compasiva, afectuosa y dispuesta a la abnegación. Más aún: sin ser madre, tiene afectos maternos. Observemos en el hogar doméstico cuántas veces la hermana o la tía soltera cuidan de los niños con celo incansable, y los sufren y los aman con afecto verdaderamente maternal. Observemos esas sagradas legiones de Hermanas de la Caridad que amparan a los pobres niños que dejaron huérfanos la muerte, la miseria y el crimen. En toda mujer cuyo natural no se haya torcido de algún modo, hay amor a los niños, compasión hacia el que sufre y piedad religiosa¹⁷.

Por esa razón Sor Simona puede ayudar y hacerse "madre adoptiva" de Ángel, y dar su vida por él como si fuera su verdadera madre biológica. Lo que se quiere subrayar por encima de todo es el amor maternal que lleva implícito e intrínseco como una cualidad natural, la mujer. Ángel, hijo del fruto de su antiguo amor con otra mujer, Pilar de Amézaga, por quien Simona quiere sacrificar su vida, como prueba de amor y de perdón a aquel que un día la abandonó, encuentra en la santa cualidades que ni su madre

Sor Simona

biológica tiene: "Madre, ven aquí", o "¡Ay Madre! ¡Madre querida! Mi padre está furioso conmigo; cuando llegue y me riña, defiéndeme tú", -implora vehementemente en la escena I del acto Tercero, a la santa, Simona que está desinteresadamente asistiéndole.

Lógicamente Galdós conocía perfectamente estos prototipos de mujeres abnegadas, cuyas circunstancias el autor como escritor de realidades había observado y conocido muy bien, a través también de su experiencia. No hay que olvidar en este sentido que fue un hombre cuidado siempre por mujeres solteras, (su madre, sus hermanas) a quienes respetaba enormemente. Más adelante Arenal sigue definiendo cualidades de esta Sor Simona tan caritativa y valiente:

La mujer soltera casta, si tiene un poco de pan y un poco de educación, no es, como el hombre célibe, un elemento de vicios, desórdenes y males, sino que por el contrario, puede consagrar toda su existencia al bien de la sociedad. El amor de Dios y del prójimo forma parte muy esencial de su naturaleza: la lleva a los hospicios, a los hospitales, a la inclusa, al campo de batalla, y la hace atravesar los mares en busca de dolores que consolar. Dad instrucción a esta criatura así organizada, dadle instrucción sólida, y veréis desaparecer los "empleados" de los asilos benéficos, y veréis convertirse las casas de beneficencia en casas de caridad.(...)

Toda mujer en la cual la educación no haya contrariado los buenos sentimientos, tiene cuidados, o por lo menos disposiciones maternales, para los desvalidos que padecen; esto es tan cierto que los acogidos en las casas de beneficencia, por instinto o

Sor Simona

por gratitud, llaman a las Hijas de la Caridad "las madres"¹⁸.

Si en otras producciones dramáticas de Galdós, como *Realidad*, habíamos visto los efectos del rechazo social que produce la infertilidad en la mujer, tal es el caso de Augusta, y su autolisis social producida por el aburrimiento ante la vida, desaire ante la cultura y la instrucción y búsqueda de placeres banales, ahora la solución es otra. No es tan importante el hecho tener los hijos sino el hecho de utilizar las cualidades innatas a la naturaleza femenina para desarrollarse y realizarse socialmente. El trabajo y la educación de la mujer que tan presente ha estado en la producción literaria de Galdós, se muestra ahora en plena actividad. Si he transcrito las palabras de Concepción Arenal del libro *La mujer del porvenir*, escrita en 1861, es por que creo firmemente en su influencia sobre la producción galdosiana. No puedo demostrar más que por los textos esta influencia, por que como ya he dicho no aparece en la Biblioteca de Galdós ningún libro de esta escritora fallecida en Vigo en 1893. Presupongo que el autor tendría conocimientos de la escritora y de su obra, probablemente por Emilia Pardo Bazán, quien protagonizó un homenaje a Concepción Arenal en 1907, en La Coruña. Por tanto, el valor, el reconocimiento y la reivindicación de la mujer soltera y la consiguiente valoración de ella por una sociedad que siempre la ha tratado injustamente, son los pilares donde Galdós establece la concepción de *Sor Simona*. "La libertad es un don del Cielo y que no se puede privar de él a ninguna criatura", son las palabras que mueven a Simona a salir de la congregación a la que pertenece, la de San Vicente de Paúl, para salir por los campos a ejercer su voluntad, una voluntad impregnada de acción y desarrollo de sus propósitos.

Sabemos que Concepción Arenal se dedicó con fuerte empeño a la labor de caridad y asistencia en la Cruz

Sor Simona

Roja y dirigió durante cinco meses en el transcurso de la tercera guerra carlista (1872-1876), la época en que se desarrolla *Sor Simona*, el Hospital de Sangre de Miranda del Ebro. Es en esta época cuando la escritora gallega escribe *Cuadros de la guerra*, obra que retrata aquellas escenas dolorosas que ella misma presencié en el discurrir de la guerra.

El tono de este drama, nos recuerda el aroma de obras como *La buena guarda*, de Lope de Vega, donde se ensalza por encima de todo las cualidades espirituales y morales de la mujer, o todavía más contemporánea de Galdós *Margarita la tornera*, de Zorrilla. Es en las cualidades de santas, donde nos recuerda Simona a personajes como Doña Clara en *La buena guarda*, también maltrecha por un amor, resaltando la santidad femenina como algo innato a una raza especial del género humano, invadido por la virtud:

FÉLIX.- Sí, porque dicen que es santa y hace milagros; y aquí, ¿cómo o por adónde entrara si la hubiéramos llevado?

DOÑA CLARA.- Cuando salí del convento, y me viste que lloraba, dije con tiernos suspiros a aquella imagen sagrada que, ya que yo me perdía sirviera de buena guarda a las que dejaba aquí (...)

FÉLIX.- Dame aquellas manos santas, y tu bendición con ellas, que sin entrar en mi casa, iré a confesar mis culpas, y que en una jerga parda se envuelva este triste cuerpo. Quien para mal te acompaña, para el bien lo hará mejor¹⁹.

Sor Simona

Es una opción a doña Inés de Zorrilla, a doña Clara de Lope, o a Margarita la Tornera también de Zorrilla. Galdós, conocedor del teatro español y ahora hombre de teatro con todas las de la ley, quiere con su personaje catapultar su propuesta también con tocas, ropas blancas y espirituales pero llevadas a la acción del trabajo y de la ideología. Una posibilidad activa al encierro físico y espiritual que emana del encierro espiritual de la conversión a los hábitos y el encierro y autismo social que esta vocación conlleva. Muchas veces estas vocaciones son equivocadas y forman parte de una dirección mental, por parte de los eclesiásticos, y otras veces como escape a un amor frustrado, o quizás a una opción para los inadaptados. Lo novedoso y verdaderamente sorprendente de la creación de este personaje algo soñador, romántico eso sí y utópico que es en cierto modo Simona, es la posibilidad de salir del claustro y poner en práctica el verdadero amor de Cristo, así como todo el potencial maternal y amoroso de muchas mujeres, que por sus circunstancias huyen de la vida convencional.

Como fuera Galdós crea este personaje en una especie de heroína de tintes individualistas y por qué no decirlo con cierto aire de feminismo. El feminismo, en su idea de modernidad, puede ser una lectura muy apropiada para la configuración de los personajes femeninos de Galdós. Si bien, en la época, el feminismo, muy suave en aquel entonces en España, encabezado en parte por Concepción Arenal, se encontraba poco avanzado en la época, sobre todo por el poco apoyo social que sobre la educación de la mujer existía. Emilia Pardo Bazán gran feminista de la época y defensora de los derechos de la mujer y Concepción Arenal, eran los dos estandartes de la escasa emancipación que podía tener, de inexistente conciencia social que podía tener la mujer en su entorno y en sus relaciones familiares y laborales, si bien, totalmente mediatizadas por su entorno público-social y espiritual, que

les impedía sacudir a la sociedad con el verdadero problema social que en sí misma entrañaba la posición humana de la mujer en los siglos XIX y XX. Conceptos como la educación o la instrucción son la tabla de salvación para el lugar de inferioridad en el que se encuentra la mujer. Por ello creo que Galdós en cierta medida estaba influenciado o al menos es lo que se traduce de su obra, por la ideología feminista que a la sazón estaban desarrollando Concepción Arenal y la gran amiga del escritor canario Doña Emilia Pardo Bazán, aunque la documentación e influencia que Galdós tuviera fuera a través de esta última escritora.

La independencia que en cierto modo proporciona el trabajo de asistencia social, aunque con tintes espiritualistas y cristianos, abre las puertas para un tipo de mujer que quiere ser distinta a la mujer- masa alienada tan característica de aquella época. Es una salida más que Galdós ofrece como posible desarrollo de la mujer, es decir, si para el escritor la espiritualidad y caridad femenina es una virtud noble que algunas mujeres tienen, la posibilidad de consagrarse como una ineludible pieza social del eslabón laboral, existe si desarrollan su libertad al servicio de la sociedad. Y como Galdós quería siempre llegar un poco más lejos, su mensaje se traduce en que además para conseguir la libertad y la independencia en el caso de desarrollo espiritual y caritativo de Sor Simona, ha de ser así pero independizándose de cualquier Orden o Congregación que imponga demasiadas normas seculares. El ejercicio de la caridad y el socorro a los pobres se desarrollará desde la libertad del ser humano, como así lo hacían Halma, Nazarín o Benina. Es el final que la propia Sor Simona expone en la escena V, del acto III:

Sí, venid conmigo; desde Viana continuaré consagrando mi pobre existencia al socorro de los infelices y menesterosos; pero libremente..., libremente... (*Con elevada entonación*) Quiero ser libre,

Sor Simona

como el soplo divino que mueve los mundos. (*Todas las figuras de esta última escena se agrupan convenientemente para formar un hermosos cuadro. Telón.*)

Todo lo maternal que la mujer por naturaleza tiene queda perfectamente reflejado en este personaje *tipo*, cuya escapada moral residirá en el individualismo y en el ejercicio más noble de sus libertades. No cabe duda que el último teatro de Galdós (desde 1910) hasta su muerte está invadido de un fuerte personalismo que brota de la esencia misma del escritor. Galdós está muy decepcionado ante sus ideales y ante la sociedad misma, unido esto a sus maltrechas condiciones de salud, que le impiden por completo "contemplar la vida". Siente la decepción por todos los lados de su existencia, no hay reconocimiento en su obra, ni a su persona. Una muestra de ello son las convocatorias al premio Nobel denegadas entre otras cosas por la oposición de sus compañeros y gentes de su propio país. Ahora, en parte tiene que "ver" la realidad desde el interior de su ceguera y esto le convierte en un ser que tiende hacia el enrocamiento y la introversión, aunque permaneciendo en él un cierto hálito de inocencia quizá desconocido en la producción de años atrás, me refiero a la etapa que va desde el estreno de *Electra a Casandra*, que es la etapa donde el combate y la denuncia violenta impregnan de fuerza las producciones teatrales del escritor. Es esta etapa, donde estrena sus utopías *Celia en los infiernos* (1913), *Alceste* (1914) *Sor Simona* (1915) *El Tacaño Salomón* (1916) y *Santa Juana de Castilla* (1918) sus obras buscan algo que aporte al ser humano un motivo más para su existencia y tal vez una reivindicación de lo más esencial del ser humano, cuando éste llega al final de su vida, con cierta desilusión y miseria, como fue el caso del escritor canario, quien vuelca todo su estado interior en la simbólica tragicomedia *Santa Juana de Castilla*.

El desamor una búsqueda interior

Tanto para Sor Simona, como para Celia y Santa Juana, heroínas de sus textos dramáticos, la vida no ha sido nada fácil. Las tres, cada una en sus circunstancias, han tenido que sobreponerse al “suplicio del desamor”, acompañado de un potente desengaño amoroso y su consiguiente “crisis interna”. El detonante que llevó a Celia a “bajar a los infiernos”²¹ fue la búsqueda del hombre que se había burlado de ella y de su amor, para pedirle perdón y descansar su limpia conciencia, aunque a diferencia de sus dos compañeras, Celia tiene en su corazón, a medida que se adentra en los infiernos, un programa de verdadera regeneración social. Asimismo quiere “redimir” sus faltas con Ester, su hermana de leche y novia de Germán, el amor de Celia, porque se ha arrepentido y necesita cambiar su actitud ante la vida. Leemos:

Yo me tengo en este instante por mujer de ideas y generosas; yo corro tras un ideal; yo voy a la busca de dos personas que me interesan grandemente; yo voy movida del anhelo de realizar todo el bien posible dentro de lo humano. Llegaré hasta lo divino descendiendo hasta las más hondas miserias y hasta las podredumbres más repugnantes. ¿Vienes?

Es una experiencia purgativa realizada desde el interior de la conciencia. Santa Juana vivía “loca de amor”, enamorada de un ideal masculino que, cuando se desvanece en brazos de la muerte, hace, a ojos de una sociedad que no entiende, que pierde la razón. Sor Simona tuvo un desengaño amoroso muy grande en su juventud que fue lo que la llevó después de mucho estudio y preparación, al igual que a Celia, a la vida cristiana. Un total derrumbamiento

Sor Simona

sentimental que la conduce primero al convento y luego a la locura, igual que Santa Juana, aunque del convento huye, como del “encierro” huye Santa Juana, para dar su alma a los pobres, pues la religiosa Sor Simona estará muy por encima de lo que eran estas instituciones, algo que también tenía en común con Santa Juana. A cambio del dolor y del sufrimiento por amor, Simona propone la opción enorme del no al rencor y al odio, dando feliz el paso al sacrificio por el amor mismo, amor que mataron en su juventud. Al día siguiente del estreno, el 2 de diciembre de 1915, en el teatro Infanta Isabel, leemos de *Sor Simona* en el *Diario Universal*:

Sor Simona es una afirmación más de ese principio ético, un nuevo apostolado generoso en que Galdós quiere convencernos a todos de que olvidamos demasiado el precepto divino que nos manda amarnos los unos a los otros y convencernos también de que ese olvido es la causa de todas las desdichas humanas²².

Dice Simona: “El alma mía está limpia de todo rencor. Firme en la enseñanza de Nuestro Señor Jesucristo, amo a mis enemigos y hago bien a los que me aborrecen”. Es una evidente mirada al espiritualismo de Galdós tan característico de los escritores de la época el que habla en estos diálogos. Es fácil sostener que estas “santas” ideadas para la escena, son creadas de carne y hueso, están de una manera práctica en la realidad, y de una manera práctica y real predicán el evangelio con su actitud de mujeres sacadas del natural, no necesitan del milagro, son, sin más, mujeres que sufren por amor como cualquiera, y éstas sí que son creíbles. En el amor al prójimo y en la caridad está la libertad. Su humanidad puede hacerles mucho más creíbles también sobre el escenario, no el de la época que quizás con las convenciones implantadas algunas formas de naturalidad se escaparían, pero hoy, sería fácil. “Desde Viana –dice

Simona— continuaré consagrandome mi pobre existencia al socorro de los infelices y menesterosos; pero libremente... libremente... Quiero ser libre, como el soplo divino que mueve los mundos”, así concluye la obra. Sor Simona, cuya patria era la Humanidad, enarbola el estandarte de la paz cuando dice:

¡Matar, matar!... Vosotros creéis que vivís en un siglo que llamáis diez y nueve, o no sé qué. Yo digo que vivimos en la Edad Media, grandiosa y terrible edad... Guerra, santidad, poesía... Hijos míos: como criaturas nacidas en la edad trágica y bella, purificad vuestras almas, mantened siempre impías vuestras conciencias, socorred al pobre, haced bien a todo ser viviente sin excluir a los que os aborrecen; perdonad toda ofensa; sea vuestra ley el amor, el amor en todo lugar y en toda ocasión... y quien dice el amor dice la paz.

Juan Villegas²³ analiza en tres novelas españolas contemporáneas lo que él llama “la aventura mítica del héroe”. Las etapas de la aventura que él describe coinciden en gran parte con los elementos que caracterizan a nuestras tres heroínas. El protagonista no está satisfecho con su lugar de origen por diversas razones, lo abandona, mediante un viaje por lo general, y después de una sucesión de experiencias, llega a aceptar una forma de vida diferente o vuelve a su lugar inicial con un conocimiento que suele poner al servicio de sus semejantes.

“Lo que tú siembras no se vivifica, sino muere antes”, leemos en *Corintios 15:36*. La vida anterior tiene que morir para dar paso a esta nueva forma de vida gratificante. Estas mujeres, que no aceptan la realidad y acarrear una poderosa implicación sentimental, se hermanan con los apóstoles en que abandonan su lugar de origen para ser por

los mundos misioneras de Dios. Galdós, partiendo de la misma idea, la regeneración del ser, propondrá la reescritura de nuestra propia historia como vehículo de salvación, desde el paganismo mitológico, como el caso de *Bárbara*.

Galdós entra así en el juego de comprometer al espectador emotivamente a fin de "tenerle" de su lado en las cuestiones éticas que a la sazón Galdós estaba exponiendo. En el drama de *Sor Simona*, se utiliza la misma técnica. Para caracterizar a Simona, Natika habla de ella: "Estábame yo con otros pobres a la puerta de la iglesia cuando la vimos llegar, y lo mismo fue vernos ella que echarnos un mirar de muchísima misericordia que a todos nos dejó encandilados. Entró en la iglesia; tras de sí quedó un fuerte olor de santidad..." o "Simona, mujer sublime, eres una santa"²⁴.

En esta tan innovadora creación de "santas modernas", cito a continuación, por lo que tiene de visos de realidad y fuente histórica, un paradigma entre el caudal de personajes femeninos galdosianos y alguna reflexión de Santa Teresa donde el paralelismo es inequívoco: la santa desprestigia la imaginación fruto de esa sociedad, frente a la voluntad, el trabajo, entendimiento y demás potencias del alma. Galdós, asimismo, consideraba los excesos de imaginación como vías peligrosas de ascenso a mundos de ficción que podían provocar, y de hecho provocaban, en gran parte, la caída de muchos de sus personajes, entendiéndolo, no obstante, que la imaginación bien utilizada sí podía llegar a constituir el principal aditamento humano esencial:

La imaginación esta "tarabilla del molino", dejémosla andar y molamos nuestra harina, que son obras de la voluntad; la imaginación no parece sino una de esas maripositas de las noches, inoportunas y desasosegadas: no se haga caso de ellas más que de un loco cuando acaece estar el alma en

Sor Simona

grandísima quietud. La imaginación anda remontada, no se haga caso de ella más que de un loco” ²⁵.

Pero para Galdós este tipo de apostolado individualista, de cultivo exclusivo del “yo espiritual” no era provechoso; consideraba que Santa Teresa se quedaba anclada en una excesiva contemplación del espíritu y un paupérrimo ejercicio práctico del evangelio, con el correspondiente encierro y clausura del alma y del cuerpo, tan útiles ambos a la sociedad. No son, pues, “sus” santas contemplativas, son activistas de la caridad, sobre todo con el caso de Sor Simona, Galdós da una imagen anticipada de la que será, en el siglo XX, la mujer misionera seglar, la mujer apóstol que socorre a los necesitados; proponiendo así una visión nueva al evangelio de claustro. Puede ser esta una salida para muchas mujeres que no quieren o que no desean ser madres. Es posible la felicidad y la autodeterminación, es posible la acción social sin el paternalismo que rodea a la mujer del XIX, del XX y del XXI. Menos encierro y más práctica de la doctrina como búsqueda de la utilidad religiosa. Esto es lo verdaderamente sorprendente de Galdós, que se anticipa en el tiempo, porque de hecho gran parte de las órdenes religiosas femeninas de la actualidad ya no se quedan encasilladas en sus claustros, salen al mundo en aventura misionera para ser útiles a la sociedad. En realidad, Teresa de Calcuta y tantas otras son una reproducción de lo que Galdós esbozó en el personaje de Sor Simona. Gustavo Correa escribe:

La condición de angelismo abarca una gama de atributos tales como la inocencia y candidez de la persona, la luminosidad de inteligencia, la voluntad ascética de perfeccionamiento, la pureza de conciencia en todas sus manifestaciones y, en su grado máximo, la capacidad de sacrificio en el

Sor Simona

ejercicio de la caridad. Ya desde las primeras novelas del autor, el arquetipo de angelismo viene a definir modalidades positivas²⁶.

Como define Correa, también Galdós en los personajes dramáticos hace mención a esta virtud, así Germán dice a Celia en la escena VIII:

GERMÁN: *(Detiéndose y se pasa la mano por la frente)* Perdóneme usted, Celia; es usted un ángel.

CELIA: ¡Un ángel yo!... Un demonio, sí, porque gusto de rebelarme contra la rutina social; porque no soy hipócrita ni encubro sentimientos.

GERMÁN: Yo repito que usted es un ángel. *(Celia sigue riendo)* Bueno, pues un demonio, un demonio encantador, un diablillo angelical.

En estas obras teatrales, la mujer, sobre todo en el personaje de Celia, a través de su capacidad y fuerza interior, aparecerá como la gran salvadora social. Esto fue una de las grandes preocupaciones de la vida de Galdós, como nos revela la crítica de su tiempo. Por ejemplo el artículo publicado por González Rigabert en *El Globo*, el día 2 de diciembre de 1915, al día siguiente del estreno de *Sor Simona*, en el teatro Infanta Isabel de Madrid, escribió:

Practicar el bien por amor. He aquí el lema, hermoso por demás, de Galdós, sobre el que hallan base sus obras y aun pudiéramos decir su vida. Cosa en verdad muy grata para los corazones nobles, para quienes verse libres de envidias y de rencores, de todas esas bajas pasiones que de continuo atormentan a toda la humanidad, y sin las que el mundo sería una delicia, es hacer bien a todos, aun a nuestros enemigos. Comprendiéndolo así, sintiéndolo así el maestro Galdós, todo bondad y

Sor Simona

dulzura, propúsose desde los primeros años de su juventud ir sembrando durante su vida las buenas enseñanzas, las que practicadas al pie de la letra, acabarían en una completa regeneración que, muy a pesar de los que de todas veras lo deseamos, no llegará a nosotros²⁷.

Esta idea de la crítica de su tiempo explica con bastante acierto la mixtura entre la finalidad en su obra teatral y el sentido espiritual que tuvo a lo largo de su vida. Hay muchos aspectos comunes en los caracteres y situaciones de estas “heroínas” protagonistas del teatro galdosiano. Cuando Galdós escribe teatro, sin duda es un Galdós distinto al de *Fortunata y Jacinta*. Su naturalismo se teñirá de una fuerte espiritualidad, que en ocasiones traspasará también a sus novelas. Incluso para la crítica el perfil de estos personajes galdosianos, con cualidades más o menos divinas o cristianas, constituye prototipos de demencias, como dice Finkenthal empeñado a toda costa en justificar el teatro de Galdós como realista: “En las últimas obras de Galdós los protagonistas son realmente diagnosticados como dementes, tanto Sor Simona como Santa Juana han perdido el contacto con el presente... El retrato que hace Galdós de los personajes patológicos es realista”²⁸. A diferencia de Finkenthal, opino que aunque el autor creador retrate con mucha verdad los personajes, sus patologías, su entorno social, etcétera, esto no quiere decir exactamente que por ello se pueda denominar el teatro de Galdós como realista. Al menos de forma tan generalizada. Naturalmente que la innovación teatral de Galdós radicaba sobre todo en la búsqueda de elementos capaces de plasmar la verdad, la realidad, pero existían otros componentes que, aunque dramáticos y escénicos, se apartan en cierto modo de los moldes realistas y naturalistas esbozados por los intelectuales de la época, aunque tuvieran el mismo fin. Es

por esta razón que Galdós, investigará en sus técnicas, aportando además del realista, un teatro modernista en unos casos y en otros simbolista. Con referencia al carácter de “dementes” de los personajes que denomina el crítico, tampoco lo comparto, porque Galdós era plenamente consciente de la pintura de sus protagonistas, todo estaba muy pensado, por lo que no creo que quisiera pintar como protagonistas a “enfermos mentales” sino más bien pintar que en su idealismo cristiano, los protagonistas que ejercen el verdadero cristianismo son considerados en la sociedad como locos, cosa bien distinta. Galdós lo tenía muy claro, y no representa patologías, sino más bien ideales. También utiliza a estos personajes porque se dice de ellos que han perdido la razón, pero no porque esto haya ocurrido en verdad, sino porque esta es la percepción que tiene de ellos la sociedad, tal y como ocurría en la realidad del contexto histórico del momento. Así pues de Simona se dice que “su locura consistía en suponerse que vivía en épocas muy anteriores a la actual”, y de la reina Juana de Castilla que “su único desconcierto consiste en no darse cuenta y razón del paso del tiempo”. Justamente son los dos personajes más aperturistas en el plano teológico.

Pero al igual que ocurría con Don Quijote –la huella cervantina se encuentra a lo largo de toda la producción galdosiana–, además de este desajuste con la realidad, también leían libros y eran cultas: “Empezó por lecturas místicas”, se dice de Simona; de Celia que “pasa las noches de claro en claro, leyendo..., devorando libros de literatura, de sociología... Impida usted que Celia se nos vuelva catedrática”, y de Juana que “discurre atinadamente sobre cualquier asunto”.

En *Sor Simona*, el retrato histórico ocupa en estas dos obras un plano muy singular. La acción se centra en los años de 1875, en diferentes pueblos de Navarra. En este año se

Sor Simona

reconoce a Alfonso XII, quedando como símbolo emblemático del último carlista, el retrato del pretendiente Carlos VII. No arredró a Don Carlos la restauración alfonsina, porque fundaba sus esperanzas en la sólida posición adquirida en el Norte. Lugar geográfico e ideológico donde se desarrolla la acción de *Sor Simona*. La necesidad del olvido para la sociedad española, está representada en la escenografía la idea de esfumar el pasado, tomando vida en la imagen de los cuadros ennegrecidos por el tiempo, no engaña a nuestros ojos:

A modo de conclusión

Es esta la etapa más introvertida del autor. Con sus últimos estrenos, lo más cortos por cierto, creo que Galdós resume su pensamiento, una ideología tremendamente personal e individualista, aunque sin perder el significado y relación del hombre con la sociedad en que vive, el hombre y su existencia como parte de su dimensión comunitaria. Quisiera recordar unas palabras del filósofo Mounier, que bien podrían ser parte del cometido de Galdós a lo largo de su carrera literaria en busca de la verdad y de la justicia. El texto de Mounier del *Manifiesto al servicio del personalismo*, resume así sus ideas sobre la persona, ideas que yo relaciono en este caso en su proyección práctica con Sor Simona y en su proyección ideológica con Santa Juana:

Una persona es un ser espiritual constituido como tal por una forma de subsistencia y de independencia en su ser; mantiene esta subsistencia mediante su adhesión a una jerarquía de valores libremente adoptados, asimilados y vividos en un compromiso responsable y en una constante conversión; unifica así toda su actividad en la libertad y desarrolla, por

añadidura, a impulsos de actos creadores, la singularidad de su vocación²⁰.

Lógicamente a la vista de estas ideas era lógico que al igual que Mounier, filósofo personalista sobre el que influyeron filosofías como el existencialismo, la tradición filosófica cristiana y el marxismo, Galdós tropezara tanto con los absolutismos políticos, como con las orientaciones eclesiásticas más conservadoras. Esta es la respuesta a su "anticlericalismo", de ahí su repudia a la manipulación que ejercía la Iglesia y la mayor parte de sus representantes, descartando algunas personalidades que Galdós ensalzó y heroinizó haciéndolos protagonistas de novelas y dramas. La filosofía de Mounier llevaba dentro un impulso revolucionario, aunque se trate de una revolución del espíritu, de una revolución sin sangre. Es la revolución del compromiso con la vocación de cada uno en su momento y en su circunstancia, de una revolución del sacrificio y de la entrega -como Simona y tantos otros- a los otros miembros de la comunidad. Galdós servía a su comunidad desde su proyección de creador, y por ello quería cambiar y regenerar su patria, pues también sentía como el que más "el dolor de España". Una comunidad desorientada y por tanto plagada de obscurantismo, superstición y caciquismo como elementos que le impiden progresar, y cuya revolución al igual que proponía Mounier es la del Evangelio.

Sor Simona

Reproducimos la edición publicada en Madrid por la editorial Cándido Alonso en 1916, aunque existe otra del mismo año editada por José de Urquía en *La novela corta*, una revista semanal literaria donde se publicaban bastante obras de Galdós. Hemos querido reproducir en la portada una semblanza de dicha revista.



Estreno de *Sor Simona* con Galdós

SOR SIMONA

Drama en tres actos y cuatro cuadros

Representóse en el Teatro Infanta Isabel, de Madrid, la noche del 1 de diciembre de 1915

Reparto

Personajes y Actores:

Sor Simona (38 años).....	Señorita Gámez
Natika (Natividad) (70 años largos).....	Señora Valdivia
Miguela (60 años).....	Señora Anaya
Sacris, cabecilla carlista (35 años).....	Señor Tallaví
Ulibarri (Don Salvador) (60 años).....	Señor Requena
Clavijo, médico militar alfonsino (40 años).....	Señor Aguilar
Mendavia, comandante carlista (40 años).....	Señor Gabaldón
Angel Navarrete (18 años).....	Señorita López Heredia
Tiron, posadero riojano.....	Señor Navarro
Gaztelu (Juan de Dios), cabecilla carlista.....	Señor Navas

Arretagoitia, cabecilla
carlista.....Señor Infiesta

Zubiri, Idem,
Id.....Señor Salas

Blas, criado de la
Posada.....Señor Yust

Sampedro, viejo
castellano.....Señor Rubio

Soldados carlistas y paisanos

La acción, en diferentes pueblos de Navarra, año de 1875.

ACTO PRIMERO

Decoración.

Sala baja en una posada de Tolosa, villa de Navarra. Al fondo gran puerta, por donde se ven los patios y la escalera que conduce a las habitaciones superiores. A la izquierda, puerta que conduce a una estancia llamada el cuartón, que ha servido de dormitorio a los arrieros y luego se ha destinado a diferentes usos, por exigencias de la guerra encendida en el país navarro. A la derecha otra puerta, que da paso a la calle y comedores de la posada. En el centro de la escena varias mesas, donde se sirve café o copas a los parroquianos que vienen de la calle. En las paredes prospectos de vinos y licores y alacena de botellas. Izquierda y derecha, se entienden las del espectador.

Escena primera

Sor Simona

Clavijo, médico militar, disfrazado de trajinante rico que recorre el país a caballo. Mendavia, oficial carlista, vestido de zamarra, botas de montar y boina blanca.

Clavijo.- (Viendo entrar a Mendavia por la derecha.) ¿Y qué? ¿No ha parecido?

Mendavia.- No.

Clavijo.- Como has tardado tanto, creí que...

Mendavia.- (*Sentándose frente a su amigo.*) Verás... Empecé mis indagaciones por la iglesia parroquial. He interrogado a todos los curas, sacristanes y hasta al organista de la santa iglesia, y unos me han dicho que la han visto, sin asegurar dónde ni cuándo; otros que no saben nada; luego me fuí al santuario de San Gregorio Ostiense, junto al castillo; de allí al hospital; hablé con los pocos enfermos que allí hay y con los hermanos recoletos que los cuidan, y tampoco saben una palabra. En resolución, mi querido Clavijo, que la desdichada Sor Simona que buscamos, o no ha estado nunca en Lodosa, o se la tragó la tierra.

Clavijo.- Antes que la tierra o las aguas del Ebro se la traguen, hemos de encontrar a la pobre hermanita que vaga por estos pueblos, según nos han dicho en el camino de Viana. Hemos prometido a las hermanitas no descansar hasta que logremos apoderarnos de la infeliz demente fugitiva, para devolverla a la comunidad, que llora el desvarío de su santa compañera.

Mendavia.- Seguiremos el ojeo y la batida por todo el Condado de Lerín en persecución de esa fierecilla de Dios. Pero yo estoy desfallecido.

Sor Simona

Clavijo.- Yo también. Llamemos a Tirón, el posadero diligente y charlatán.

Mendavia.- (*Saliendo al foro, llama.*) ¡Tirón, Tirón!

Escena II

Los mismos.- Tirón, que entra por la puerta izquierda, en mangas de camisa, y trae una damajuana en los brazos. Tras él viene Blas, con un serillo de esparto lleno de botellas.

Tirón.- Chiquio, lleva esto arriba (*le da la damajuana*) y trae a estos señores café, salchichón y aguardiente.

Mendavia.- Aguardiente del de Lodosa.

Tirón.- De Lodosa, no, ridiós, que es aguachirle arrematao. Tráelo del de Cuscurrita, mi tierra, que es la gracia divina. (*Vase el criado.*) Dos palabricas, mi comendante: vusted me llamó casi arriba y yo respondí casi abajo. Estaba sacando de este cuartón toa la bebía pa meter los hiridos de esta maldita guerra.

Clavijo.- Ya sé que el alcalde te ha mandado que prepares tu posada para recibir heridos. (*Entra Blas con el servicio de café y copas.*) Pero dejemos eso; siéntate aquí y toma una copita.

Tirón.- ¡Otra!, míe que tengo quihaceres mil.

Clavijo.- Un momento. Cuando Mendavia me dejó solo para recorrer la villa averiguando si está en ella la hermanita que buscamos, yo te interrogué sobre el particular.

Tirón.- Y yo contesté que no sabía nada de esa hermanita correntona.

Sor Simona

Clavijo.- Pero que en Lodosa una viejecita...

Tirón.- Natika, una pobre que vende escapularios, aleluyas y otras chucherías, la cuál me aseguró que la vio en Carcar.

Clavijo.- Y que habló con ella. Tú quedaste en llamarla, para que oyéramos el relato de su propia boca.

Tirón.- Que sí, que sí; hice el encargo, y la vieja Natika no tardará en llegar. Pero diga, mi comendante: la que andan ustés buscando, ¿es, como quien dice, monja?

Mendavia.- Es una hermanita de las de San Vicente de Paúl.

Clavijo.- De las que estaban en el hospital de Viana, destruído hace poco, como tú sabes, por un gran incendio. No nos metamos a inquirir si esto fue casual o por mano de los facciosos que allí estuvieron.

Mendavia.- No, eso no: fue casual; me consta.

Clavijo.- Y tan rápido, que apenas dio lugar a las religiosas para ponerse en salvo. Entre ellas había una llamada Sor Simona, que padecía desde hace años enajenación mental. Sus compañeras la tenían recluída en una celda de la enfermería, cuidándola con tanto esmero como cariño.

Mendavia.- Toda la comunidad la tiene en gran estima, por su virtud y la dulzura de su carácter, que no desmintió ni aun después de manifestarse en ella la dolencia cerebral.

Tirón.- Un caso igual pasó mesmamente en Calahorra con una monja de las que llaman capuchinas, la cual se trastornó de la noche a la mañana y dio en la tecla de querer tirarse por la ventana a la calle o de maltratar a las demás monjas.

Sor Simona

Clavijo.- La nuestra, la de Viana, no ha sido nunca así: después de perdido el seso, sigue tan pacífica y piadosa como antes lo fue. Su locura consistía en suponerse que vivía en épocas muy anteriores a la actual; en querer infringir las reglas de la Orden, pretendiendo salir del convento para recobrar su libertad y lanzarse al través de los campos.

Mendavia.- Y dos años ha que logró escaparse, y estuvo tres días por esas aldeas cogiendo flores, visitando los cementerios y curando a los enfermos que encontraba en su camino.

Clavijo.- Desde esa ocasión se vieron precisadas las hermanas a recluirla en la enfermería.

Tirón.- ¡Otra!, y la noche del fuego en Viana la señá Simona dijo: "Esta es la mía", y se escapó.

Clavijo.- Las hermanas me han contado que al huir del incendio salieron todas juntas en buen orden. A Sor Simona la llevaban bien vigilada, pero en la confusión de aquella horrible noche se les perdió. Buscáronla en la calle, y no pareció; total: que la comunidad tomó la dirección de Logroño, encargando a varias personas la busca y captura de la fugitiva, en Viana o sus contornos. Algunos aldeanos dijeron haberla visto camino de Lerín, y otro camino de Los Arcos. Mi amigo Mendavia y yo hemos recorrido esta comarca, y don Salvador Ulibarri, que es tío carnal de Sor Simona, ha ido hacia Los Arcos.

Tirón.- ¡Ridiós! Ulibarri, don Salvador, el famoso médico y rico hacendado de La Guardia. ¡Ricontra!, es muy mi amigo: antier pasó por aquí y me dijo que llevaba un premiso de Dorregaray pa andar por estas tierras.

Sor Simona

Mendavia.- Pues nosotros por un lado y Ulibarri por otro, hemos de atraparla; y con mucha preocupación y todos los miramientos, la devolveremos a la comunidad.

Clavijo.- La encontraremos, aunque para ello sea preciso recorrer toda Navarra. Yo tengo salvoconducto de Moriones para investigar en todos los pueblos ocupados por el ejército alfonsino.

Mendavia.- Y yo lo tengo de mi primo Dorregaray, para hacer lo mismo en las localidades que domina el carlismo.

Escena III

Los mismos y Natika, que entra por la derecha, llevando en el brazo una cesta con las baratijas que vende. Es una viejecilla ágil y vivaracha, vestida pobremente, pero con limpieza; su cabello blanco recogido con moñete en la coronilla.

Natika.- ¿Dan su permiso?

Tirón.- Entra, Natika. (*Se levanta y le señala la silla que él deja vacía.*) Siéntate aquí. Toma una copita de lo de mi tierra, que es cosa buena para avivar la memoria y despegar la lengua. Contarás a estos caballeros lo que hablaste con aquella señora monja que viste en Carcar. (*Natika se sienta y Clavijo le sirve una copa.*) Y a mí denme licencia para dirme a mi obligación, que el arcarde me romperá su vara en las costillas si no hago lo que me manduvo. ¡Ay qué vida más perra! (*Vase por el fondo.*)

Escena IV

Clavijo, Mendavia, Natika.

Sor Simona

Natika.- (Después de paladear la bebida, se santigua.) Pues, señor...

Clavijo.- Dinos, ante todo, cómo era la señora que viste en Carcar; su rostro, su talle, sus maneras, su acento...

Mendavia.- Así, por la pintura, sabremos si es efectivamente Sor Simona u otra que se le parece.

Natika.- Cara pulida, cuerpo sutil, ligerica de andares; años, la barrunto como de los treinta y cinco a los cuarenta; los ojos, como las estrellicas del cielo.

Mendavia.- Ella es.

Natika.- Estábame yo con otros pobres a la puerta de la iglesia cuando la vimos llegar, y lo mismo fue vernos ella que echarnos un mirar de muchísima misericordia, que a todos nos dejó encandilaos. Entró en la iglesia; tras de sí quedó un fuerte olor de santidad...

Mendavia.- Explícanos cómo era ese olor de santidad.

Clavijo.- ¿Llevaba flores?

Natika.- Sí, que sí; llevaba en las manos puñaos de clavellinas, azucenas y rosas.

Clavijo.- (*Vivamente.*) Ya no hay duda. Una de sus más arraigadas manías es andar siempre con flores, para ponerlas en los altares.

Natika.- Sin querer me metí en la iglesia detrás de ella, y la vi mojar los dedos en el aguabendita pa santiguarse.

Mendavia.- Y tú y los otros pobres, ¿la esperasteis a la salida?

Natika.- ¿Cómo no esperarla, pues? Nos pusimos en fila, y cuando salió, a todos y cada uno nos echó una palabrica de consuelo. A los chicos les cogía la cara y les besaba, y a los viejos palmaditas en el hombro nos dio. Y dale con preguntar si alguno estaba enfermo pa curarlo ella. A uno que tiene los ojos con pitañas preguntóle dónde vivía, pa llevarle una agüita curandera que ella sabe hacer. A un perlático le dijo que con unturas que ella tiene le curaría. Yo pienso que es una santísima médica.

Mendavia.- Es boticaria.

Natika.- Anda que te andarás con pies ligeros, la madre del buen olor se fue metiendo entre unos robles que en hacia acá de la iglesia están; y nosotros los pobres, que si quiés, sin poder desapararnos de ella, la seguíamos pues. Sentóse la señora en el suelo arrimadica al tronco de un árbol, y tirando de rosario, venga rezar. Respondíamos nosotros al son de los Padrenuestros y Avemarías de ella, echando de nuestras bocas suspiros y de nuestros ojos glárimas de purisma devoción, tal y como en jamás de los jamases la hubimos sentido. Ella era santa pues. Nosotros pensábamos que se nos iba metiendo en el alma su santidad. Acabado el rosario con las letanías, la señora en pie se puso muy derecha, y nos dijo así: "Adiós, queridos hermanos: yo sigo mi camino; quedaos aquí, y no hagáis intención de seguirme". Le besamos todos sus manos blancas, que seguían goliendo a rosas y azucenas. Para todos tuvo un decir amoroso.

Mendavia.- ¿Y adónde fue?

Natika.- Al lugar de Andosilla.

Mendavia.- (*Levantándose.*) Bendita sea esta pobre mujer. Nos ha dado la luz que buscábamos.

Natika.- Espérense un poco. Cuando la señora nos mandó de no seguirla, obedecimos como si la misma Virgen nos lo mandara, pues; pero entre los que allí estaban había un cojo, travieso y de mala idea que andaba con muletas, y el tal se empeñó en seguirla, y luego volvió y nos dijo que había torcido a la izquierda, como para ir a Sesma.

Mendavia.- Esta sí que es buena; os engañó porque no quiere que se sepa adónde va.

Natika.- Mal pensao, ¿quiere usté confundir o qué? Señora tan santa, mentirosa no es. Sería, me pienso yo, que en el camino cambió de idea, pues.

Clavijo.- Sea lo que fuere, el problema se ha simplificado mucho. Ya sabemos que ha de estar en Andosilla o en Sesma. ¿En qué te fundas, Natika, para decir que está en Sesma?

Natika.- Dígolo porque en Sesma dos cosas hay que a la señora gústanla mucho: flores haber muchas y epidemia de enfermos.

Mendavia.- Esta pobre iluminada me parece que está en lo cierto. A Sesma.

Natika.- (*Con firme convicción.*) A Sesma, sí, que sí.

Clavijo.- Pues ahora propongo yo una cosa. Tú, Mendavia, debes ir a Sesma inmediatamente. Yo esperaré unas horas aguardando a don Salvador Ulibarri, que fue anteayer a Los Arcos y debe de estar al llegar.

Mendavia.- (*Puesto en pie para marchar.*) Nos conviene que lleves contigo a Ulibarri; es su tío, es de su sangre, y nos

Sor Simona

ayudará a trincar la fierrecilla de Dios, y devolverla con las debidas precauciones a la comunidad.

Clavijo.- Pues vete ya. Conviene ganar tiempo. (*Aparece Tirón por el fondo.*)

Escena V

Los mismos.- Tirón.

Mendavia.- Tirón, dame mi caballo.

Tirón.- ¡Otra! Pero ¿se va ya?

Mendavia.- Sí.

Tirón.- ¿Aónde?

Clavijo.- A Sesma.

Tirón.- ¿Es que está allí la señora que buscan?

Natika.- Sí.

Tirón.- ¿Tú que sabes?

Natika.- Sí que sé.

Tirón.- Esta endivina las cosas dende lejos. (*Óyense ruidos de caballerías que entran por los patios.*)

Clavijo.- ¿Quién viene?

Tirón.- ¡Ridiós!, serán los arrieros de Lerín.

Natika.- No son los arrieros de Lerín; son los de Dicastillo, y detrás de ellos viene la partida de Sacris.

Tirón.- (Escuchando desde la puerta del fondo.) Pues sí que adivina.

Mendavia.- (*Inquieto.*) Tirón, mi caballo. Quiero echar a correr antes que venga Sacris, porque es muy hablador y no me dejará partir.

Clavijo.- ¿Quién es ese Sacris?

Mendavia.- Es aquel que vino conmigo persiguiendo a los liberales cuando trajisteis a... Tafalla el cadáver del general Concha, muerto en Montemuro. Mi caballo, Tirón. (*Vanse Tirón y Mendavia por el fondo.*)

Clavijo.- ¿Y cómo sabes que viene la partida de Sacris?

Natika.- ¡Ay, Señor! En esta bendita tierra las pisadas me suenan aquí dentro (*Señala con el dedo la cabeza*) dende larguísimas distancias.

Clavijo.- Sin duda eres una vidente, una iluminada.

Natika.- (*Disponiéndose a salir.*) Yo no sé lo que soy; sí sé que he visto mucho mundo. Dios le guarde, señor.

Clavijo.- ¿Adónde vas ahora?

Natika.- Al cementerio. Tengo allí enterraos tres hermanos, que murieron por su Dios y por su Rey, y no pasa día sin que yo vaya a echarles muy rezos pa que Dios les dé la gloria eterna. (*Encaminándose a salir por la derecha.*) Y váyase pronto a Sesma.

Sor Simona

Clavijo.- Espero a Ulibarri, que debe venir hoy.

Natika.- *(Ya en la puerta.)* Pues ahí le tiene ya. Ahora entra. *(Desaparece por la derecha.)*

Clavijo.- ¿Será verdad? *(Escuchando por el fondo.)* Pero esta mujer, ¿es zahorí o qué demonios es? *(Entra por el fondo Tirón, muy sofocado.)* ¿Qué hay, Tirón?

Tirón.- Hay... *(limpiándose el sudor.)* Que ha venido don Salvador Ulibarri, y tras él, la caballería de Sacris.

Clavijo.- ¡Ah, don Salvador! ¡Qué alegría! ¿Dónde está?

Tirón.- Ahora viene. Me ha dicho que en cuanto él y su caballo descansan un poco, vendrá a ponerse a las órdenes de usted para ir juntos a Sesma. Aquí está ya. *(Entra Ulibarri, Clavijo y él se abrazan efusivamente. Vase Tirón.)*

Escena VI

Clavijo, Ulibarri.

Clavijo.- ¡Oh amigo Ulibarri, cuánto me alegro de verle!

Ulibarri.- ¿Pues qué he de decir yo, que no deseaba otra cosa?

Clavijo.- Aquí estamos dos médicos, igualmente interesados en apoderarnos de la desdichada Sor Simona. Usted como pariente cercano de ella; yo como amigo y médico, que he tenido la ventaja de asistirle en los hospitales de Logroño y de Viana.

Ulibarri.- Sí; recogeremos a la fugitiva y trataremos, si no de curarla, de aliviar su fatal dolencia. Para eso están los médicos.

Clavijo.- Pero distingamos. Usted, señor Ulibarri, es un doctor eminentísimo, de los más sabios que tenemos por acá, y yo soy un pobre practicón de pueblo y un físico de tropa...

Ulibarri.- ¡Oh! No, no. Usted, querido Clavijo, tiene sobre mí la ventaja de haber conocido de cerca el caso que vamos a examinar...¿Qué razón hay para que vayamos a Sesma?

Clavijo.- Que según mis noticias, allí está Simona. Al amigo que me acompaña en mis pesquisas, Mendavia, usted le conoce...

Ulibarri.- Sí, el primo de Dorregaray.

Clavijo.- Hace un rato salió para Sesma. Yo no he ido con él por esperarle a usted.

Ulibarri.- Pues en Los Arcos me dijeron que mi sobrina estaba en El Busto, y en El Busto me aseguraron haberla visto aquí, en Lodosa.

Clavijo.- Eso pudo ser hace unos días; hoy, según referencias muy verosímiles, donde está es en Sesma.

Ulibarri.- Pues allá iremos en cuanto mi caballo coma y se reponga del julepe que le he dado para venir hasta aquí. ¿Cree usted que encontraremos allí a mi sobrina?

Clavijo.- Lo espero; mas no lo aseguro, porque esa mujer, a quien todavía no he podido echar la vista encima, recorriendo esta comarca a pie o a caballo, debe de tener en

si algo de sobrenatural, porque se esconde y aparece por arte de encantamiento, no dejándose ver de los que con tanto afán la buscamos.

Ulibarri.- Lo mismo he pensado yo; pero como no creo en visiones ni en desapariciones misteriosas, trato de indagar ahora la situación psicológica, el estado de alma de mi sobrina en el segundo período de su existencia. Debo decir a usted, mi querido compañero, que no he visto a Simona desde que ingresó en la Santa Congregación de San Vicente Paúl. Desde aquel solemne día hasta los días tristes en que mi sobrina perdió la razón, usted que fue su médico en Logroño y en Viana, podrá decirme lo que observó en ella.

Clavijo.- Yo puedo decir a usted de Sor Simona, que desde su ingreso en la Orden se señaló como un ser purísimo en quien resplandecían todas las virtudes. Sus compañeras la tenían en gran estima; los enfermos la miraban como a criatura celestial. A todos cautivaba por su carácter alegre y un tanto jovial. Empezó sirviendo en la botica como auxiliar de Sor Adelaida, y al morir ésta la sustituyó en sus funciones, hasta que se notaron en ella los primeros síntomas de locura.

Ulibarri.- Explíqueme bien, querido Clavijo, las primeras manifestaciones de esa locura, su desarrollo, etc., etc. (*Cogidos del brazo se pasean por la escena.*)

Clavijo.- Verá usted. Nunca se equivocó en las dosis... Sin perder su carácter apacible y jovial, abandonaba la botica y se iba a la sala de enfermos para decir a cada uno de ellos una palabra caritativa..., o bien pasaba largos ratos en el jardín cogiendo flores y llevándolas a la iglesia para adornar con ellas estos o los otros altares. Por tales extravagancias la reprendía cariñosamente la madre superiora; pero la pobrecita Simona no se daba por enterada. A estos desvaríos siguieron otros más graves, y fue que una mañana, burlando

la vigilancia de los porteros, se lanzó a la calle y al campo, y cuando se logró darle alcance y traerla a casa, entró muy tranquila y risueña, diciendo que la libertad es un don del cielo y que no se puede privar de él a ninguna criatura.

Ulibarri.- Naturalmente; y ésa fue la ocasión en que las hermanas decidieron recluirla en una celda de la enfermería.

Clavijo.- Así fue, y tres o más años transcurrieron desde que fue recluida hasta que el incendio dio a Sor Simona la libertad que ardientemente deseaba.

Ulibarri.- (*Con creciente interés.*) Cuénteme ahora qué pensaba mi sobrina y qué disparates hacía durante los años de reclusión.

Clavijo.- Pues verá usted. Yo la visitaba con frecuencia, porque me agradaba extraordinariamente su trato y su conversación. Encontraba en ella la misma dulzura de siempre, la misma piedad, la misma pureza de pensamientos e intención. En la locura como en la normalidad de sus facultades, era una santa. En la placidez de su santidad, refulgían como relámpagos algunos despropósitos de la mayor inocencia.

Ulibarri.- A ver, a ver.

Clavijo.- Figurábase estar viviendo en edad anterior a la que conocemos; y tan atrás volaba su pensamiento, que hablaba de los veaumonteses y de los agramonteses como si aún estuvieran alborotando esta comarca. Y una tarde me contó las travesuras y arrogancias de César Borgia, cual si le hubiera conocido y tratado familiarmente.

Ulibarri.- ¡Pobrecilla! Renovaba en su desquiciado cerebro los cuentos con que la entretenía su abuela, mi madre, doña

Sor Simona

Catalina de Ulibarri, que era la crónica viviente de Navarra...Desdichada Simona. Lo que usted me cuenta es muy interesante; pero no encuentro en ello el móvil, el choque inicial, la crisis de que provienen esos dislates de mi amada sobrina. Me gusta investigar las causas; por eso he puesto toda mi atención en los efectos que usted me ha referido; no encontrando en ellos la causa, debo buscarla en la juventud de Simona, antes de que ésta renegara de la vida mundana o familiar para refugiarse en la religiosa. (*Se paran en el centro del escenario.*)

Clavijo.- En ese terreno, señor Ulibarri, está usted mejor informado que yo. (*Se sientan; echa vino en dos copas y beben los dos.*)

Ulibarri.- Sí; desde que era Simona una chicuela gentil y vivaracha la tuve a mi lado. No puede usted imaginarse criatura más simpática y adorable. Ya mujer, sus padres se miraban en ella; la familia le profesaba un amor entrañable. Todos decíamos de Simona lo que dice usted ahora: es una santa, y de una santidad alegre, jovial, dentro de la más exquisita discreción. Por entonces..., cuando Simona pasaba de los diez y ocho, sobrevino la emergencia de un nuevo factor en la vida de mi sobrina.

Clavijo.- (*Vivamente.*) El amor. Algo oí de eso; pero también oí que pasó sin dejar rastro.

Ulibarri.- Le contaré a usted. Un joven de La Guardia, de familia tan respetable como la nuestra, se prendó de Simona, y ella le correspondió. Como ambas familias tenían trato continuo, el galán y la damisela se veían y se hablaban sin estorbo en la casa de los padres de él o de ella. Para no desorientar a usted, le anticipo la afirmación de que las relaciones de Simona con Ángel Navarrete fueron las más honestas y puras que imaginar se pueda. Seis o siete meses

duraron los inocentes y delicados amores de aquella pareja feliz. Ya las familias de ambos, los Navarretes y los Ulibarris, se ocupaban en concertar la boda, cuando la suerte dispuso las cosas de otra manera. En un viaje que hizo Ángel Navarrete a Vitoria, conoció a una señorita, hija de los condes de Salvatierra; y tan locamente se enamoró de ella, que al volver a La Guardia pronto manifestó a mi sobrina, con sus frialdades y desvíos, que de lo dicho no había nada. La pobre Simona, al cerciorarse de su desdicha, recibió en su corazón un golpe que creímos mortal. No lo fue porque lo soportó con heroica entereza y resignación tan honda y callada, que no la igualarán las víctimas más eminentes del martirologio. Dos meses después, cuando se supo en La Guardia el casamiento del joven Navarrete con la de Salvatierra, vino Simona a mi casa a pasar el día con mis hijas, sus primas. Observé en su rostro una palidez intensa y en su voz como un esfuerzo convulsivo para esconder o disimular la tempestad que en su alma rugía. Apretándole las manos, le dije: " Simona, mujer sublime, eres una santa". Y ella, por no desmentir en aquella ocasión su donosura y jovialidad, me respondió: "No lo diga en broma, querido tío, porque si se me mete en la cabeza ser santa, lo seré".

Clavijo.- Ya, ya se iniciaba en ella el propósito de volver la espalda al mundo y echarse en brazos de Dios.

Ulibarri.- Empezó por lecturas místicas; rehuía el trato de gentes; frecuentaba la iglesia; y..., en fin, no le cuento lo que pasó, porque es público y notorio que al año era Hermana de la Caridad. Lo que sí le digo es que en aquella época de transición, ni una vez siquiera se la oyó mentar a su antiguo novio, Ángel Navarrete, ni a la mujer de éste, Pilar Amézaga; o los arrojó de su alma como cosa muerta, o los guardaba adentro, muy adentro. Esto es lo que no sabemos, ni lo sabremos nunca.

Sor Simona

Clavijo.- *(Con profunda convicción.)* Era una santa y ahora también lo es, quizás más.

Ulibarri.- Hemos diagnosticado una existencia divina en dos partes: yo la primera, usted la segunda.

Clavijo.- Así es.

Ulibarri.- Y ahora el doctor Ulibarri pregunta a su compañero el doctor Clavijo si ha observado en el caso de la santa enferma algún síntoma, por insignificante que sea, palabra, exclamación, gesto, que relacione estado físico y moral de Sor Simona con la crisis de amor y despecho que yo examino en la primera parte de esta noble existencia. *(Ambos permanecen mudos.)*

Clavijo.- *(Después de meditar un rato.)* Déjeme pensarlo; déjeme evocar mis recuerdos...¿Alguna relación...? Pues sí... no, no. Honradamente no puedo decir que observe relación de esto con aquello. Sólo una vez, cuando la Hermana de la Caridad tenía su razón perturbada, habiéndole yo dicho que olvidase sinsabores de otro tiempo, me dijo estas palabras con su habitual donaire: "Sepa el buen Clavijo que el alma mía está limpia de todo rencor. Firme en la enseñanza de Nuestro Señor Jesucristo, amo a mis enemigos y hago bien a los que me aborrecen".

Ulibarri.- Loquita y todo, santa es. *(Óyese ruido lejano de caballería, que rápidamente se aproxima.)*

Clavijo.- Ahora vámonos a Sesma. Si la encontramos allí, como espero, la llevaremos a la comunidad.

Ulibarri.- Aguarde usted. Bueno será que la busquemos; en lo que no estoy conforme es en devolverla a la comunidad. ¿No será mejor y más humano dejarla en libertad, para que

Sor Simona

corra de pueblo en pueblo cogiendo flores y curando enfermos? (*Siénten más cercanos pasos de caballerías.*)

Clavijo.- Es muy peligroso. Podría la infeliz caer en poder de algunos desalmados...

Ulibarri.- Dios la protegerá.

Clavijo.- ¿Y si no la protegiera?

Ulibarri.- Bueno; bueno; usted manda. Vamos a Sesma. (*Arrecia fuertemente el ruido de tropas, que suena ya dentro de los patios.*)

Clavijo.- Ya están aquí. La caballería invade la carretera.

Uribarri.- Saldremos por el portalón de la ribera. (*Acércase al foro y llama.*) ¡Eh, tú!

Escena VII

Los mismos.- Blas, que entra por el foro, presuroso; después Tirón.

Blas.- ¿Qué manda, señor?

Clavijo.- El caballo de Ulibarri y el mío llévalos en seguida por el portalón de la ribera, ¿sabes? Allí montaremos para partir a escape.

Blas.- Bien, señor. (*Vase Blas.*)

Clavijo.- Este Sacris pedirá raciones, y si se las dan se irá hacia...

Sor Simona

Ulibarri.- Hablé con él en el Busto, y me dijo que tenía órdenes de ir a Olite.

Clavijo.- Llevará camino distinto del que llevamos nosotros; pero aunque así no fuera, no me inspira cuidado.

Ulibarri.- Es hombre muy corriente y no carece de ilustración. Ya sabrá usted que fue seminarista en Pamplona, y en cuanto recibió las primeras órdenes se metió a guerrillero y...

Clavijo.- Ya sé. Su nombre es Ochoa.

Tirón.- *(Que entra por el foro.)* ¡Ea, señores! Ya tienen los caballos en el portalón.

Ulibarri.- Pues andando.

Clavijo.- Hasta la vista, Tirón. Ahí te dejamos a Sacris para que te diviertas con él. *(Vanse por el foro rápidamente Clavijo y Ulibarri.)*

Tirón.- *(Desesperado.)* ¡Buena diversión me ha caído, ridiós! Este demonio de Sacris quié quitarme toa la bebía, y me pienso yo que también quié meterme en la posá los heríos que trae; ¡por vida...!

Escena VIII

Tirón, Blas

Blas.- Señor amo.

Tirón.- *(A gritos y muy malhumorado.)* ¿Qué?

Blas.- ¿Que si llevo los garbanzos arriba?

Tirón.- (*Paseándose agitado.*) No.

Blas.- Pues entonces, ¿qué?

Tirón.- Lárgate de aquí, pelmazo.

Blas.- (*Dando la vuelta para irse.*) Güeno.

Tirón.- Ven acá, piazó de alcornoque: ¿no te mandé que bajaras las enjalmas?

Blas.- ¡Recontra! Si li pregunté si las traía y me dijo que no.

Tirón.- Eres más bruto que yo, que es cuanto hay que icir.

Blas.- Ca uno sabe aónde le pica.

Tirón.- (*Cogiéndole del brazo.*) Ven acá, zopenco: ¿Ónde está Sacris?

Blas.- En el patio de allá, comiendo.

Tirón.- ¿Empezando a comer?

Blas.- Me paice que acabando. Trai tanta gazuza, que no se ve la comía dende el plato a la boca.

Tirón.- ¿Y quién está con él?

Blas.- El arcarde.

Tirón.- ¿Y qué, le da raciones?

Blas.- ¡Otra! No lo entendí, porque hablaban bajico.

Tirón.- ¿Y han llegado los carros?

Blas.- Están a la vista.

Tirón.- ¿Traen heríos?

Blas.- Heríos traerán o muertos, de una trefulca que han tuvido a tres leguas de aquí.

Tirón.- Vete a ver lo que pasa.

Blas.- Voy. (*Desde la puerta retrocede diciendo.*) Ya viene aquí el Sacris. (*Vase Blas.*)

Escena IX

Tirón, Sacris, mocetón vigoroso, barbudo; boína blanca, botas de montar, zamarra, sable al cinto e insignias de teniente coronel. Entra encendiendo un puro.

Tirón.- Oye, tú, Sacris. Ese tarugo del arcarde, ¿te da raciones?

Sacris.- No me da más que lo preciso para llegar a Olite.

Tirón.- Pues cógelo y vete pronto, que ca minuto que está en mi posá me cuesta a mí un ojo de la cara.

Sacris.- (*Flemático.*) Aguántalo, Tirón, aguántalo por Dios, que es el primer lema de nuestra santa bandera; por la patria navarra, que es la patria española, y por el excelso rey Don Carlos VII, cuyo trono hemos de ensanchar tanto, tanto, que empiece en Roncesvalles y acabe en el Peñón de Gibraltar.

Tirón.- (*Con socarronería.*) Amén, amén. Hablas tan a lo campanudo como cuando estabas pa cantar misa.

Sor Simona

Sacris.- (*Que mira a las mesas donde hay servicios de copas.*) Y ahora...

Tirón.- Te veo, besugo; ¿quieres de lo caro, de lo de Cuscurrita?

Sacris.- (*Sentándose junto a una mesa.*) "Tu dixisti".

Tirón.- (*Le sirve una copa.*) Este licor te fortifica el corazón y te anima las entendederas.

Sacris.- Y me fortifica el brazo para exterminar a los malos.

Tirón.- Y a propósito de enemigos: ¿han llegado tus carros? ¿Traes heríos?

Sacris.- Sí. Al salir de El Busto encontré un destacamento de las tropas liberales que manda el Brigadier Bargés. Nos tiroteamos; yo le maté creo que dos o tres hombres, y él me hizo a mí cuatro heridos, que traigo en mis carros. El alcalde me dijo que estando el hospital hasta los topes, él recogerá dos heridos, y de los otros dos te encargarás tú. Ya lo sabes, Tirón. Vete a recogerlos y acomódalos donde puedas.

Tirón.- ¡Esta sí que es buena! ¡Pa meterlos he preparado el cuartón! (*Señalando a la izquierda.*) No tengo camas; pero tengo unas enjalmas donde estarán como en la gloria.

Sacris.- Anda, despabila pronto.

Tirón.- Voy; bien veníos sean a mi posá, en tanto y mientras mi dé el Ayuntamiento, como la otra vez, dos peseticas por ca uno: a la cuenta que Tirón es cristiano viejo, y buenos caldos no lis han de faltar. (*Dirígese al foro, y al ver que traen ya a los heridos, dice:*) Aquí los traen ya. (*Sale al foro y grita.*) ¡Eh! Por aquí, al cuartón. (*Vase por el foro con los que acompañan a los*

Sor Simona

heridos, que se ven pasar de derecha a izquierda. Cada herido viene traído por dos soldados, en la forma que vulgarmente se llama silla de la reina.)

Escena X

Sacris, solo; después, Natika, Sor Simona. Pausa. Se oscurece la escena. Óyense campanas próximas o lejanas tocando a oraciones.

Sacris.- *(Con recogimiento se pone en pie y se descubre.)* La oración. *(Reza a media voz. Intenso rumor de rezos en el cuartón y en los patios. Pausa. Aparece por la puerta de la derecha Natika, con su cesta al brazo, y se vuelve hacia dentro.)*

Natika.- Entre, señora. *(Entra Sor Simona, tranquila y risueña. Trae en la mano un ramo de flores; avanza lentamente, reconociendo con atenta mirada el lugar donde se encuentra. Al pasar junto a Sacris, le dice Natika con voz imperiosa.)* Sacris, arrodíllate...Es la santa. *(Tras un instante de estupor, Sacris se arrodilla y se santigua. Continúan las dos mujeres hacia la izquierda. Ya cerca de la puerta, dice Natika.)* Aquí están los heridos; entre, señora. *(Sor Simona entra delante, y Natika detrás. Telón lento.)*

Fin del acto primero.

ACTO SEGUNDO

Decoración.

Ayuntamiento de Dicastillo, donde está instalado un hospital provisional. La escena representa la modesta estancia donde mora Sor Simona, que asiste a los enfermos de dicho hospital. En el centro una cama humilde. En las paredes estampas de vírgenes y santos. Puertas al fondo y a la

izquierda. A la derecha una ventana, y frente a esta una mesita.

Escena I

Natika, Miguela, mendiga riojana, menos vieja que Natika; Sampedro, viejo castellano. Las dos primeras están sentadas en el suelo, zurciendo ropa. El viejo entra y sale varias veces durante la escena.

Natika.- Dite, Miguela, ¿acabas o qué?

Miguela.- ¡Otra!, prisa ya me doy, pero no tengo los ojos que tú.

Natika.- Estos mis ojos, la señora santa me los ilumina para que pueda repasar la ropica de ella, pues.

Miguela.- ¿Lávasla tú, Natika?

Natika.- Con sus manos santas lávala ella misma, ¿Lo dudas, o qué?

Miguela.- Verdad será, pues tú lo dices.

Natika.- Dende que estamos en Dicastillo, antes de que amanezca baja al río la señora: enjabona, lava, aclara con ligereza por demás y gracia. Yo voy con ella, y en cuantico que viene al hespital, yo tendiendo la ropa me quedo.

Miguela.- Pa mí que la señora y tú santicas seis las dos.

Natika.- Quita ahí; santa ella sola.

Sor Simona

Miguela.- (*Dando una pieza ya repasada.*) Esto está ya; dame otra. (*Entra Sampedro por el fondo, con un delantal azul en la mano.*)

Natika.- ¿Qué traes?

Sampedro.- La señora me manda con este delantal para que le echéis una pieza y le cosáis las cintas.

Natika.- Dame.

Miguela.- Siéntate, Sampedrico, que paice que estás cansao.

Sampedro.- Sí que lo estoy. (*Se sienta.*) Del hospital a la alcaldía, de la alcaldía al hospital, luego a la calle, después al cementerio.

Natika.- Dite, Sampedro: ¿encontraste flores?

Sampedro.- Sí, que las traje; luego bajé a la cocina y calenté la plancha para que planchara su ropa en el hospital.

Natika.- Y hoy, ¿tiene mucho trabajo la señora en el hospital?

Sampedro.- No falta qué hacer. Hemos amortajado a un sargento que se murió esa madrugada.

Miguela.- El Señor le dé lo que más le convenga.

Natika.- (*Después de rezar en silencio.*) Y aluego, Sampedro, ¿aónde vas?

Sampedro.- A donde me mande la señora; puede que quiera ir a las aldeas próximas, y tal vez vaya al cementerio o a otro lugar donde haya flores.

Sor Simona

Miguela.- Me pienso que la señora no debe andar por estos caminos, porque se expone a ser atropellada por salteadores y vagabundos.

Natika.- La señora santísima ningún peligro corre pues, porque la custodian tres arcángeles a caballo que a corta distancia síguenla detrás aondequiera que vaiga.

Miguela.- Otra, ¿arcángeles has dicho?

Natika.- Sanpedro: salte fuera y mira si andan por ahí los tres arcángeles custodios de la santa nuestra.

Sampedro.- Voy a ver. (*Vase por la izquierda.*)

Natika.- ¿Por mentira lo tienes, o qué?

Miguela.- Yo he visto por ahí tres señores a caballo. Arcángeles no.

Natika.- Dígote yo, Miguela, que arcángeles son efectivos, pero toman la vestidura de personas terrenales para que la gente no se alborote y puedan ellos ir por acá o por allá sin que nadie les estorbe.

Miguela.- (*Con cierta socarronería.*) ¡Ah, sí! Ayer los vide yo, y parecióme que uno de esos ha tomado la figura carnal del médico don Mariano Clavijo.

Sampedro.- (*Entrando.*) Ahí están los tres arcángeles; por cierto que uno de ellos tiene la traza pintiparada del mismísimo don Salvador Ulibarri, el gran médico de La Guardia.

Natika.- Vosotros, ciegos de espíritu, no veis más que las apariencias que ellos mismos se dan, por la cuenta que les

Sor Simona

tiene. (*Con acento solemne.*) Yo vos digo que son dos arcángeles y un apóstol. El que monta el caballo blanco es Santiago apóstol.

Sampedro.- Yo veo en el del caballo blanco a don Salvador Ulibarri.

Natika.- Tú ves visiones, buen Sampedro: el del caballo blanco es el apóstol Santiago, y los otros dos arcángeles: San Gabriel y San Miguel. (*Levántase, y con gran enojo les dice.*) Si tuviérades fe como yo la tengo, veríades la verdad; pero los ojos vuestros telarañas tienen.

Escena II

Los mismos.- Sacris, que entra por la izquierda.

Sacris.- ¿Qué hacéis aquí?

Natika.- Ya lo ves: hemos repasao la ropa de la señora y estamos esperando a que venga para...

Sacris.- Idos al hospital, donde está la señora bastante atareada con los enfermos.

Miguela.- Vamos, Natika. (*Los tres se dirigen a la puerta.*)

Sacris.- (*Deteniendo al viejo.*) Tú, Sampedro, quédate; tengo que hablar contigo. (*Vanse las viejas.*)

Escena III

Sacris, Sanpedro.

Sampedro.- ¿Qué me quieres?

Sor Simona

Sacris.- Oye, Sor Simona me inspira un respeto profundo, casi supersticioso... Hay momentos en que llego a creerla criatura sobrenatural.

Sampedro.- Lo mismo me pasa a mí. Cuando la miro se me encandilan los ojos; paréceme que veo su cabeza coronada de luces...

Sacris.- Sí, sí... como las cabezas de los santos. (*Bajando la voz.*) Pues verás. He hablado con los tres caballeros que andan por aquí custodiándola con sigilo a distancia.

Sampedro.- Ya, ya. Esos que Natika llama los dos arcángeles y el apóstol Santiago.

Sacris.- Precisamente, el apóstol Santiago, en la figura corpórea de don Salvador Ulibarri, me ha dicho...

Sampedro.- (*Secreteando.*) También a mí me dijo...

Sacris.- ¿Qué...?

Sampedro.- Yo no hice caso; dilo tú. A mí me da mucho miedo andar en conversaciones con arcángeles, apóstoles y señoras en olor de santidad... porque yo me malicio que detrás de estas figuraciones suele andar el demonio...

Sacris.- (*Vivamente, tapándole la boca.*) Cállate; aquí no hay demonios.

Sampedro.- Pues dime tú lo que hablaste con el del caballo blanco, don Salvador Ulibarri.

Sacris.- Los tres me dijeron que preparáramos el ánimo de Sor Simona para que consintiese en dejarse llevar por ellos a Logroño, donde está la comunidad.

Sor Simona

Sampedro.- Eso mismo me dijo a mí el señor Clavijo; que yo no me atrevo...Eso tú, Sacris, que tienes más autoridad y más...

Sacris.- Pues yo, hablando con franqueza digo y sostengo que no debemos consentir que esos señores se la lleven; la santa es nuestra, es un don del Cielo concedido a la causa que defendemos, es...

Sampedro.- *(Oyendo pasos en el fondo.)* Espérate. Alguien viene...Es ella. *(Ábrese la puerta del foro. Aparece Sor Simona, tranquila, risueña, con el completo atavío de Hermana de la Caridad. Detiénese un instante en el marco de la puerta. La actriz cuidará de dar a la figura toda la idealidad que la caracteriza.)*

Escena IV

Los mismos.- Sor Simona, que avanza despacio hasta la silla; se sienta, saca su labor de media y trabaja. Sacris y Sampedro se inclinan respetuosamente, silenciosos.

Sor Simona.- No esperaba encontrarte aquí, Sacris; esta mañana, si no estoy trascordada, me dijiste que hoy, antes de las once, saldrías con tu gente para Tafalla.

Sacris.- Esa orden tenía; pero Gaztelu, que acaba de llegar con el tercero y el quinto de Navarra, me ha traído nueva orden: que me incorpore a él...

Sor Simona.- Ya siento llegar las tropas de Gaztelu.

Sacris.- Entiendo que mañana nos reuniremos con Pérula para marchar hacia Montesquiza.

Sor Simona.- *(Con amargura.)* Y adelante con la matanza. Sin daros cuenta de ello, reproducís los delirios guerreros de los

Sor Simona

veaumonteses y agramonteses, ofendiendo al Dios que lleváis inscrito en vuestra bandera.

Sacris.- Señora: con el respeto debido diré a usted que nos batimos por Dios, y vamos a la pelea entonando himnos religiosos...

Sor Simona.- Ya les oigo, y oyéndoles veo correr la sangre humana. Navarra es un país armonioso y trágico: el país de la música y el país de las guerras; desde que Dios hizo esta tierra, los hombres cantan como ángeles y se despedazan como demonios.

Sacris.- Señora: yo soy músico, yo estudié para cura y sé latín; yo empuñé la espada para defender el fuero de mi patria y el fuero de mi rey, y espero que si perezco en la batalla, Dios me acogerá en su seno.

Sor Simona.- Al seno de Dios, amigo Sacris, se llega por las buenas obras.

Sacris.- (*Confuso.*) Pero las buenas obras entiendo yo que...

Sampedro.- No disputes, Sacris, porque la señora sabe más que tú y que yo y que todo el mundo; lo que dice la señora es que no debemos matar a nadie. (*Sor Simona sonríe, asintiendo a lo que dice Sampedro.*)

Sacris.- No debemos matar, es cierto; pero si es un liberal viene a matarme a mí antes de que muera yo, muera él. Y lo mato diciendo: *Exaudi Domine et discerne causam meam de gente non sancta.*

Sor Simona.- ¡Matar, matar!... Vosotros creéis que vivís en un siglo que llamáis diez y nueve, o no sé qué. Yo digo que vivimos en la Edad Media; grandiosa y terrible edad...Guerra,

Sor Simona

santidad, poesía...Hijos míos: como criaturas nacidas en la edad trágica y bella, purificad vuestras almas; mantened siempre limpias vuestras conciencias; socorred al pobre; haced bien a todo ser viviente, sin excluir a los que os aborrecen; perdonad toda ofensa; sea vuestra ley el amor, el amor en todo lugar y en toda ocasión..., y quien dice el amor dice la paz.

Sacris.- (*Con violencia.*) Pero ¿dónde está esa paz? La señora lo ha dicho antes: desde que Dios hizo a Navarra no ha habido paz en este suelo. Si nos provocan, tenemos que defender la Patria.

Sampedro.- Eso digo yo: defender la Patria.

Sor Simona.- ¿Sabéis vosotros cuál es la verdadera, la única patria? Pues la verdadera y única patria es la humanidad.

Sacris.- Pero la humanidad es tan grande, que...

Sor Simona.- Busca la humanidad en lo pequeño, en lo que está cerca de ti; en la masa enorme de los humildes, de los desvalidos; en los que no tienen alimentos, ni ropa, ni hogar.

Sampedro.- Eso, no. Toma ejemplo de la señora, que no quiere vivir en las ciudades, que se pasa la vida de aldea en aldea, asistiendo a los enfermos. Ahí la tienes afanada en hacer unas medias para la pobre Natika, que anda descalza.

Sor Simona.- (*Riendo.*) Sacris, no hagas caso de este pobre Sampedro, que si ve bien las cosas pequeñas, no sabe reunir las y sumarlas para verlas en grande.

Sacris.- Según eso, yo debo buscar la paz en el amor, en las virtudes mundanas, en el socorro de estos y aquellos

Sor Simona

menesterosos, para llegar al culto de la patria grande, que es la humanidad.

Sor Simona.- (*Riendo.*) Amigo Sacris: te he confundido, te he trastornado al querer ilustrarte. De las dos primeras palabras de tu lema, Dios y patria, ya te he dicho mi parecer. Falta decirte lo que pienso del rey. Pues el rey eres tú, el hombre; y quien dice el hombre, dice la mujer, el ser humano, que practicando la ley del amor se hace dueño del mundo. (*Sacris, contemplándola alelado, parece no entender lo que oye.*) Pobre Sacris. No entiendes, ¿eh? Practica la ley del amor, la ley de humanidad, y lo entenderás.

Sacris.- (*En el colmo de la confusión.*) Yo, yo... diré que...

Sampedro.- Tonto, admite la idea aunque no la entiendas. (*Entran bruscamente Natika y Miguela.*)

Escena V

Los mismos.- Natika, Miguela.

Natika.- Señora. (*Se arrodilla junto a Sor Simona, y examina la labor de media.*)

Miguela.- Señora: ha llegado el sexto de Navarra con cuatro prisioneros espías.

Natika.- ¡Ay, cómo adelanta!

Sor Simona.- (*Apartando su atención de Natika y atendiendo a Miguela.*) ¿Qué dices, Miguela?

Miguela.- Cuatro espías: tres hombrachos y un estudiantico de Vitoria.

Sor Simona

Sor Simona.- ¿Qué?

Natika.- (*Permaneciendo de rodillas junto a Sor Simona.*) Tres hombres y un muchacho, ataos codo con codo.

Miguela.- Un mozalbete guapico, que también es espía.

Sor Simona.- ¿De pocos años?

Miguela.- De quince años o más.

Natika.- y también diez y ocho. Estudiante de Vitoria dicen que es.

Sor Simona.- (*Dejando la labor.*) ¿Estudiante de Vitoria? Dame más señas.

Miguela.- Viene el pobrecito ensangrentao y hecho una lástima de la paliza que le han dao.

Sacris.- Eso no es nuevo, señora. Anteayer, viniendo hacia acá con Pérula, sorprendimos escondidos en un matorral tres estudiantes de Vitoria: fuimos a ellos; tratamos de cogerlos; pescamos a dos, y el tercero se nos escapó corriendo por los campos como una liebre; le hicimos fuego, pero no cayó. Estos estudiantes de Vitoria son muy traviesos; andan con los liberales, que les utilizan para llevar a los suyos órdenes reservadas. A los dos que cogimos se les encontraron entre las ropas pruebas de su espionaje. Pérula les sometió a un Consejo de guerra, y ayer por la mañana fueron pasados por las armas.

Sor Simona.- ¡Horror! Unas pobres criaturas.

Sor Simona

Sacris.- Criaturas, sí; estudiantillos diabólicos que le comprometen a uno. Mozuelos exaltados que arriesgan su pelleja por lo que ellos llaman la causa liberal.

Sor Simona.- Esa causa y la otra no tienen más que un efecto, que es el morir sin provecho de nadie. (*A Natika y Miguela.*) ¿Habéis dicho que el sexto de Navarra ha traído aquí tres hombres y un jovencillo maniatados?

Miguela.- Tres hombrachos vi yo que echaban maldiciones y se tiraban de los pelos.

Natika.- El jovencico apretaba los puños echándolas de valiente, y aunque estaba lleno de golpes y magulladuras no se quejaba.

Sor Simona.- ¿Y en qué os fundáis para decir que era estudiante?

Natika.- Estudiante llamábanle, pues, los que le trajeron, y decían que era el más malo de todos.

Miguela.- Que ya se les había escapao dos veces; pero ahora las pagará todas juntas.

Sor Simona.- (*Poniéndose en pie.*) Sacris, ven acá; vas a hacerme un favor.

Sacris.- (*Acercándose.*) Mande la sseñora.

Sor Simona.- Vete allá y dile a Gaztelu de parte mía...Fíjate: este favor te lo pido a ti, y si en algo me estimas espero que lo cumplirás.

Sacris.- Esté tranquila; se cumplirá.

Sor Simona

Sor Simona.- Le dices a Gaztelu que quiero ver a ese estudiante que han cogido; que me le traigan para curarle. No es cuestión de guerra, ni de política, ni nada de eso; es cuestión de caridad, de amor al prójimo. ¿Te has enterado bien?

Sacris.- Sí, señora. (*Vase por la izquierda.*)

Escena VI

Sor Simona, Natika, Miguela, Sanpedro.

Sor Simona.- (*Inquieta y cavilosa, paseando por la escena.*) ¡Espías sorprendidos, espías condenados a muerte; y que yo tenga que ver esto y no pueda evitarlo!

Natika.- ¡Ay señora, qué traspaso!

Miguela.- El jovencito estudiante está hecho una lástima: tiene un brazo medio deshecho, y en una pierna, en semejante parte. (*señala*), debe tener una herida muy grande.

Sampedro.- La señora no necesita de mis consejos; pero si me lo permite, yo la aconsejaré.

Sor Simona.- Sí, habla: aconséjame.

Sampedro.- Pues a los tres hombres le será difícil a la señora salvarlos; pero al estudiante si podrá, por ser un rapaz.

Natika.- ¡Es tan guapín! Muy fina ropa tiene.

Miguela.- Debe de estar criado en ricos pañales.

Sampedro.- Y se ha metido en esta guerra, como cosa de chicos, sin saber lo que hace.

Sor Simona

Sor Simona.- Ya he dicho que le traigan, que quiero verle.

Sampedro.- La señora se pone a curarlo; pasa el tiempo; el chico se pone peor, hasta que lo perdonan.

Natika.- Lo que dice Sampedro está bien pensado.

Sampedro.- Pues otra se me ocurre, que será mejor.

Sor Simona.- ¿A ver?

Sampedro.- Que se diga que el chico es noble, muy noble, de la familia más noble del reino; y diciendo eso, con la autoridad que tiene la señora, el consejo de guerra lo perdonará.

Natika.- Así, así.

Sor Simona.- Eso de la nobleza del chico, yo lo diría si fuese verdad; además, en estas guerras feroces, los timbres de nobleza no salvan a nadie. ¿Tenéis noticias de César Borgia y de cómo le mataron?

Sampedro.- César... César... ¿qué?

Natika.- No sabemos; no sabemos quién es.

Sor Simona.- César Borgia, duque de Valentinois.

Natika.- ¿Y era noble?

Sor Simona.- ¿Pero no sabéis? (*Mira a todos con asombro.*) Era hijo del Papa.

Natika.- ¿Y le mataron siendo hijo del Padre Santo?

Sor Simona

Sor Simona.- Ya lo creo; y de una manera infame.

Sampedro.- ¿Le formaron consejo de guerra?

Sor Simona.- Nada de eso; le mataron como a un perro, por los odios políticos de esta tierra trágica. Y esto pasó en Viana.

Natika.- ¿Y la señora lo vió matar?

Sor Simona.- No, eso no; fue antes...Y aquellos bandidos le habrían matado si hubiera venido a interceder por él su propio padre el Pontífice Alejandro VI. Creedme a mi: a ese joven que está ahí maniatado no le podremos matar por su nobleza, sino por nuestra piedad. Recemos: pidamos a Dios que nos ilumine. (*Rezan los cuatro a media voz.*)

Escena VII

Los mismos.- Sacris, que entra por el foro.

Sacris.- (*Conternado.*) Tengo que decir a la señora que el caso es muy grave. Los tres hombres y el estudiantillo de Vitoria fueron registrados, encontrándoseles pruebas de su delito. El más comprometido es el jovenzuelo. A éste le desnudaron, y cosido en una manga de la chaqueta le encontraron una comunicación del General Moriones dirigida al Brigadier Bargés, ordenándole que con toda su fuerza marchase hacia Estella y ocupase las alturas de Montejurra. Como la señora comprenderá, el caso es de los que piden Consejo de guerra al canto y pena de muerte.

Sor Simona.- (*Vivamente.*) Y el estudiante ¿es noble?

Sacris.- Si no es noble, lo parece, por su rostro, sus ademanes... por su ropa interior...

Sor Simona

Sor Simona.- (*Impaciente.*) Pero te dije que quería verle. ¿Por qué no le has traído?

Sacris.- (*Vacilando.*) Señora, yo...

Sor Simona.- Vuelve y tráele.

Sacris.- (*Se asoma a la puerta.*)

Escena VIII

Los mismos.- El estudiante, preso, que entra por el foro. Gaztelu, Sacris. El estudiante es jovenzuelo, de figura distinguida; viene demacrado, malherido, con graves contusiones. Apenas puede moverse. Por un brazo lo sostiene Sacris; por otro Gaztelu. El papel de estudiante debe hacerlo una actriz vestida de muchacho. Sor Simona, al ver al joven, retrocede como espantada; avanza luego, mirándole fijamente; larga pausa. Todos permanecen suspensos.

Sor Simona.- El delito de este mancebo no puede considerarse más que como una travesura infantil. Con unos azotes está ya castigado. Y como se lo habéis dado con creces... ya debéis dar esto por concluído y ponerle en libertad.

Gaztelu.- (*Gravemente.*) El delito de este joven y el de otros lo calificará el Consejo de guerra, que se reunirá esta tarde.

Sor Simona.- ¿Esta tarde, aquí?

Gaztelu.- Sí, señora.

Sor Simona.- ¿Y hay aquí bastantes jefes para constituir consejo de guerra?

Sor Simona

Gaztelu.- Si ahora no hay jefes bastantes, pronto los habrá.

Sor Simona.- Pero tú, Gaztelu, digo Juan de Dios Gaztelu, podrás influir...

Gaztelu.- Yo no puedo hacer más que cumplir lo que sentencie el tribunal. El espionaje es delito que en todas las guerras se castiga severamente; y si el Consejo condena a estos espías criminales, yo no tendré más remedio que ejecutar la sentencia en las primeras horas de la mañana.

Sor Simona.- Ya sé que en los ejércitos no hay piedad; no hay más que disciplina.

Gaztelu.- Así es, señora.

Sor Simona.- Está bien. Ahora te suplico que me dejes aquí a este joven por un rato no más. Quiero hacerle la primera cura, para que pueda asistir al consejo de guerra. Quiero, además, interrogarle, para saber qué idea, qué móviles le arrastraron a esta calaverada que le ha puesto en el trance espantoso de perder la vida. ¿Me concedes esto? Déjamele aquí por breves momentos.

Gaztelu.- Bien, señora.

Sor Simona.- Pues haz el favor de retirarte. Retírate tú también, Sacris. (*Gaztelu y Sacris se retiran, cerrando la puerta.*)

Escena IX

Sor Simona, El Estudiante, Natika, Sampedro y Miguela. Como el estudiante no puede sostenerse en pie, acuden a sostenerle por un brazo Natika y por el otro Sampedro. Miguela se retira a la izquierda.

Sor Simona

Sor Simona.- (*Clava en el estudiante los ojos fijamente, como si quisiera retratarle.*) ¡Yo te conozco! (*Pausa.*)

Estudiante.- (*Mirándola fijamente.*) Yo a usted, no.

Sor Simona.- (*Acercándose más.*) Te conozco. Tu cara me revela tu estirpe. Eres el vivo retrato de tu padre.

Estudiante.- (*Secamente.*) Eso dicen.

Sor Simona.- (*Apartándose para observarle de pies a cabeza.*) No me ocultes tu nombre. Tú te llamas Ángel Navarrete, como tu padre.

Estudiante.- Sí, señora.

Sor Simona.- Y naciste en La Guardia el 12 de febrero de 1857.

Estudiante.- (*Queriendo recordar.*) Sí, señora.

Sor Simona.- (*Después de hacer un cálculo mental.*) Y hoy cumples diez y ocho años, tres meses y un día.

Estudiante.- Y a los diez y ocho años, tres meses y dos días moriré.

Sor Simona.- (*Espantada.*) Según eso, tu crees que mañana...

Estudiante.- Sí; mañana seré pasado por las armas. Conozco las leyes de la guerra; las conocía antes de lanzarme a esta atroz aventura.

Sor Simona.- ¿Y no tiemblas?

Sor Simona

Estudiante.- No tiemblo. La mayor nobleza, la gloria más grande es morir por un ideal...

Miguela.- (*Aparte.*) ¡Vaya una entereza!

Sampedro.- (*Aparte.*) ¡Esto es un hombre!

Sor Simona.- Eres un niño..., un pobre niño exaltado por lecturas insanas. Tu loca imaginación te sacó de las aulas de Vitoria, para lanzarte al torbellino político entre liberales o alfonsinos, en esta tierra trágica y musical. Porque músicas son las arengas patrióticas y los discursos armoniosos que te han trastornado el seso. Vuelve en ti, Ángel Navarrete, hijo amado. Piensa en tu infeliz padre...Reconoce tu desvarío, y yo te salvaré... yo... yo.... (*Corriendo hacia él.*) He olvidado que te traje aquí para curar tus horribles contusiones. (*Al tocarle el brazo, el joven lanza un ¡ay! de dolor.*)

Natika.- ¡Pobrecico!

Sor Simona.- Natika, descubridle el brazo. (*Sampedro y Natika intentan quitarle la chaqueta. El joven sigue lanzando agudísimos gritos de dolor.*)

Estudiante.- ¡Ay, ay!

Sor Simona.- (*Vivamente.*) Esperad. (*Corre hacia la puerta y grita:*) Gaztelu, Sacris; venid, venid.

Escena X

Los mismos.- Gaztelu y Sacris.

Sampedro.- (*Advirtiéndolo que el joven estudiante, de la fuerza de sus dolores, parece perder el conocimiento.*) Señora, este joven está desfallecido.

Sor Simona

Sor Simona.- (*Vivamente.*) No le quitéis la ropa; acostadle en mi cama. (*Natika y Sampedro obedecen.*)

Gaztelu.- (*Entrando con Sacris.*) Aquí estamos, señora.

Sor Simona.- Este desgraciado joven se halla en estado lastimoso. Necesito largo tiempo para curarlo.

Gaztelu.- Lo llevaremos al hospital.

Sor Simona.- ¿Qué nueva crueldad es ésa? ¿Por qué, estando yo aquí, ha de ir este joven al hospital?

Gaztelu.- Porque así lo manda la ordenanza.

Sacris.- La ordenanza, señora. Severa ley; pero ley.

Sor Simona.- (*Deteniendo a Gaztelu, que se acerca al lecho como para coger el cuerpo inanimado del joven.*) Sobre todas esas leyes está la piedad. Se puede ser buen militar y buen cristiano. Yo te suplico, Juan de Dios, y a ti, Sacris, también, que le llevéis al hospital, que le dejéis aquí.

Sacris.- Señora..., por mí lo haría; pero...

Gaztelu.- Señora, yo quisiera; pero...

Sor Simona.- Si no comparecéis a este infeliz, compadecedme a mí. Oye, Gaztelu: tú me lo has dicho que estás muy agradecido de esta pobre mujer porque ha salvado la vida a muchos de vosotros.

Gaztelu.- Sí, señora; usted ha curado a los enfermos con gran solicitud, por lo que estamos muy agradecidos. Es usted una santa.

Sor Simona

Sor Simona.- No soy santa, sino pecadora. Como pecadora, o como santa, os suplico que me lo dejéis aquí.

Gaztelu.- En el hospital puede ser curado.

Sor Simona.- (*Alzando la voz.*) ¡No, no y no! ¿Sabéis por qué quiero tenerle a mi lado? (*Pausa.*) Este desgraciado joven, martirizado por vuestra barbarie, ¡es mi hijo! (*Pausa; estupor general.*) ¡Fuera de aquí!

Gaztelu.- (*A Sacris.*) Quédate tú para recogerle luego. (*Se aleja murmurando.*) Su hijo, su hijo...

Sampedro, Natika y Miguela.- (*Murmurando en voz baja.*) Su hijo, su hijo.

Sacris.- (*Aparte, a Sampedro.*) Esta señora era para mí la perfección humana; ya no lo es. Ahora resulta que es madre.

Sampedro.- Y como madre, debemos favorecerla.

Sacris.- (*A Sampedro.*) Coge un caballo, corre en busca de los arcángeles y cuéntales lo que pasa.

Miguela.- Yo sé dónde están.

Sacris.- Pues ve tú también. (*Se van presurosos por la izquierda. Sacris, volviendo donde está Sor Simona y con voz temblorosa.*) Señora, perdone si me atrevo a pedir que confirme su declaración de que ese desgraciado joven es, es...

Sor Simona.- (*Con brioso acento y firme convicción, poniendo la mano sobre la frente del joven.*) Lo confirmo y lo repetiré cien veces, para que lo digas a todo el mundo. ¡Es mi hijo!...¡Es mi hijo! (*Le besa.*)

ACTO TERCERO

Cuadro primero

Decoración del acto segundo. Altas horas de la noche. En la cama yace abrigado con una manta el joven Ángel Navarrete. Junto a la cama una mesita, con tazas y frascos de medicinas. Próxima a la cama Sor Simona, sentada haciendo media. A la derecha, junto a la ventana, una lámpara mustia con pantalla. El profundo silencio que reina en la escena, sólo es turbado por lejanos alertas de los centinelas. Sentada en el suelo y arrimada a un arcón, duerme Natika.

Escena primera

Sor Simona, Natika, Ángel.

Ángel.- *(Delirando, con palabra torpe, sílabas inconexas.)*
Bár...baros... dé...jenme... no más...

Sor Simona.- *(Levántase, soltando la media; levántase también Natika, y ambas acuden al enfermo por uno y otro lado del lecho.)*
Natika, ayúdame. *(Cogiéndole por los hombros, le incorporan suavemente.)* Hijo mío, ya estás mejor; voy a darte otro poquito de agua. *(En una cucharada de agua vierte unas gotas de éter.)*

Ángel.- Hijo tuyo, sí.

Sor Simona.- Toma, toma agüita buena. *(Ángel bebe y deja caer la cabeza en la almohada, cerrando los ojos.)*

Natika.- Ya duerme. *(Le arroja con la manta.)*

Sor Simona

Sor Simona.- Ángel, mi Ángel, duerme.

Natika.- Ya está más tranquilo. (*Pasa al otro lado, y las dos le contemplan en silencio.*)

Sor Simona.- (*Volviendo a su silla.*) Está mejor; pero todavía delira.

Natika.- (*En voz muy baja.*) ¡Ay, qué noche! Cuando la señora le hizo la cura en el brazo, el pobrecico daba unos gritos, que ya, ya. Luego se soltó a delirar. Disparates grandes dijo, y quería echarse de la cama también.

Sor Simona.- El delirio fuerte ya pasó. Con las medicinas se ha sosegado, y...cuando despierte le daremos un poco de leche. ¿Le has traído?

Natika.- Sí, señora.

Sor Simona.- ¡Horrible! ¡Tormentosa noche que no se acaba! ¿Sabes tú qué hora es?

Natika.- Gallos oí cantar una vez... luego otra vez. Pronto el alba vendrá.

Sor Simona.- ¡Ay! No sé si desear el alba o temerla.

Natika.- Dios trae la noche: el día trae también, sí; y con el día, Dios y la Virgen traerán la paz.

Sor Simona.- La paz, la paz...Duerme, Natika.

Natika.- Y la señora, ¿no duerme un poquito?

Sor Simona.- Yo no duermo, yo espero...Descansa tú, pobre Natika, y cobrarás fuerzas para lo que venga mañana.

Sor Simona

Natika.- Si la señora espera velando, yo también, sí. (*Pausa. Las dos rezan en silencio.*)

Ángel.- (*Con voz entera.*) ¡Madre!

Sor Simona.- (*Levantándose súbitamente, corre hacia el lecho.*)
¿Qué, hijo mío?

Ángel.- (*Con ligera inflexión de alegría.*) Ya estoy bueno.

Sor Simona.- Estás mejor, sí; pero todavía...(*Le pone la mano en la frente.*) Duerme, amor mío.

Ángel.- Dormir, no. Quiero hablar.

Sor Simona.- (*Muy cariñosa.*) Juicio, juicio. Cuando amanezca hablaremos. Yo te contaré muchas cositas.

Ángel.- (*Tratando de incorporarse.*) Cuéntamelas ahora. ¿Por qué está este cuarto tan obscuro?

Sor Simona.- Porque es de noche.

Ángel.- ¡Madre!

Sor Simona.- Aquí estoy, ¿no me ves?

Ángel.- Pero ¿de veras eres tú mi madre?

Sor Simona.- ¿Lo dudas? (*Acercándose más, le besa en la frente.*)

Ángel.- ¡Ah, sí! Por el beso te reconozco...; por el aliento, que me trae olor de rosas y claveles, pero... (*Alargando su mano, le toca la cabeza.*) Anoche, ayer no tenías toca.

Sor Simona

Sor Simona.- (*Sin saber qué decir.*) No... sí... me pongo esto para curarte.

Ángel.- (*Incorporándose más, mira en derredor suyo.*) ¿Dónde estoy?

Sor Simona.- Estás conmigo, con tu madre.

Ángel.- (*Con alegría y asombro.*) ¡Ah! Ya me acuerdo. Recuerdo lo que me ha pasado, la terrible escena...: me fusilaron...(*Con risa nerviosa.*) Ja... ja. No me tocó ninguna bala; yo me tiré al suelo, haciéndome el muerto...ja... ja.

Sor Simona.- Te hiciste el muertecito: ya, ya.

Ángel.- Los soldados se fueron...; oía yo sus pasos... prun... prun... prun... Entonces...

Sor simona.- Yo te recogí.

Ángel.- Me recogiste...Sentí la impresión de tus manos, que olían a rosas y claveles. En aquel momento llegó mi padre, y te dijo: "Pilar, ahí tienes a tu hijo: llévatelo al oratorio del castillo". Llegaron unas Hermanitas de la Caridad: entre ellas tú, y me llevaron en volandas...Pero tú no tenías toca: ahora, sí.

Sor Simona.- Ya te dije que me la puse para curarte.

Ángel.- (*Convencido.*) ¡Ah, ya! ¿Y todavía estamos en el oratorio del castillo?

Sor Simona.- Sí, todavía; pero estate quietecito, hijo mío. ¿Quieres tomar alimento?

Ángel.- Sí, sí.

Sor Simona

Sor Simona.- (*Hace una seña a Nátika, que se acerca con una taza de leche.*) Toma esta lechita.

Ángel.- (*Después de beber con ansia.*) Y esta mujer, ¿quién es?

Sor Simona.- Es una criada del castillo. Ahora, hijo, a dormir otra vez. (*Arropándole.*)

Ángel.- (*Cerrando los ojos.*) No sé si podré. (*Se despabila y se incorpora.*) Madre, ven aquí.

Sor Simona.- Si no me muevo de tu lado.

Ángel.- (*Vivamente.*) Y mi padre, ¿dónde está? ¿Por qué no viene a verme?

Sor Simona.- (*Sin saber qué decir.*) Estará en sus ocupaciones; ya vendrá.

Ángel.- (*Muy inquieto.*) Es que...mi padre está incomodado conmigo. ¡Ay, me va a reñir!...(*Afligido, casi llorando.*) Me reñirá mucho, mucho, por el disparate que hice lanzándome a los campos de batalla.

Sor Simona.- (*Bondadosa.*) Travesuras de chicos.

Ángel.- Me escapé del Instituto de Vitoria con otros amigos...Creíamos que nuestro entusiasmo y nuestro ardimiento hacían mucha falta en el cuartel general alfonsino.

Sor Simona.- (*Risueña.*) vuestras cabecitas estaban trastornadas por los discursos políticos, por las arengas militares...del bando de allá...Queríais asombrar al mundo con vuestras proezas...

Sor Simona

Ángel.- Eso, eso...Nos presentamos al general Moriones, y yo le eché un discurso patriótico que... ¡ay, madre!, siento que no le hubieras oído.

Sor Simona.- Es lo mismo, tras de aquel discurso echaste otro y sin darte cuenta del peligro te comprometiste seriamente... (*Echándole un brazo al cuello.*)

Ángel.- ¡Ay madre!, ¡madre querida! Mi padre está furioso conmigo; cuando llegue y me riña defiéndeme tú.

Sor Simona.- Sí, sí; no dudes que te defenderé.

Ángel.- Échale un discurso, pero bueno, y luego otro discurso.

Sor Simona.- Muchos discursos: ya lo verás. Si me pongo a ello hablo mejor que Castelar...y mejor que todos los predicadores.

Ángel.- Le dirás, como dijo el girondino, "que es hermoso y dulce morir por la patria".

Sor Simona.- Todo eso y muchas cosas más diré; pero sosiégate, mi Ángel, que estás muy excitado, y debes tener calma...

Ángel.- Lo que tú debes hacer, madre, es quitarte esa toca, porque con esa toca mi padre, cuando venga a reñirme, no te conocerá; creerá que no eres mi madre Pilar, sino la madre de otro Ángel, y que tienes un marido que no es mi padre.

Sor Simona.- No pienses eso, hijo.

Ángel.- (*Mirándola atentamente, fijos sus ojos en el rostro de Sor Simona.*) Mi madre Pilar de Amézaga es muy hermosa; tú

Sor Simona

también lo eres, pero con muy distinta hermosura...; no sé, no sé cómo decirlo. (*Pausa. Ángel continúa hablando algo que no se entiende; Sor Simona se yergue, y suspirando eleva sus ojos al cielo en oración muda.*)

Natika.- (*Acércase a Sor Simona, y casi al oído le dice:*) El pobrecico está delirando, pues.

Sor Simona.- ¡Pobre Ángel! (*Mirando al cielo.*) Para salvarte de estos bárbaros necesitas una madre; Dios ha querido que esa madre sea yo. (*Apartadas las dos del lecho, contemplan al joven, silenciosas.*)

Ángel.- (*Que cerrados los ojos, continúa hablando desordenadamente.*) Tú...no eres mi madre....Tú eres...buena..., eres santa...; pero...mi madre Pilar...no eres tú. Mi padre no te conoce....; mi padre me riñe mucho... y tú no me defiendes...; si fueras mi madre...de verdad me defenderías.

Escena II

Los mismos.- Miguela y Sampedro. Primero entra por la izquierda Sampedro cautelosamente, con miedo de tropezar en los muebles; detrás entra Miguela en la misma forma, no queriendo hacer ruido.

Miguela.- Chist... chist... tú, espera.

Sampedro.- Yo se lo diré... ¿Dónde está la señora?

Miguela.- Allí está a los pies de la cama, con Natika.

Sampedro.- ¿Y el chico?

Miguela.- Dormido; está delirando.

Sor Simona

Ángel.- Mi padre..., mi padre..., me riñe..., me castiga...

Sor Simona.- (Alarmada.) Natika, siento ruido; alguien ha entrado.

Natika.- Voy a ver. (*Dirígese a la izquierda.*)

Sor Simona.- (*Mirando con ansiedad por la ventana de la derecha.*) El alba ya clarea. ¡Virgen Santísima, apiádate de esa pobre criatura! ¡Apiádate también de esa madre angustiada! ¡Madre, no! (*Corrigiéndose vivamente.*) ¡Madre, sí, sí! Lo he dicho y lo sostengo ante todas las potencias de la Tierra y del Cielo.

Natika.- (*Que ha cuchicheado con Miguela y Sampedro, viene corriendo hacia Sor Simona.*) Señora...

Sor Simona.- ¿Qué?

Natika.- Buenas noticias. (*Temblando de emoción.*) Que...hoy...no fusilan.

Sor Simona.- Pero mañana...

Natika.- Mañana, sí.

Sor Simona.- Un día de vida, vida es. ¿Por quién lo sabes?

Natika.- Por Sampedro; se lo ha dicho el ayudante de Gaztelu. Hoy consejo de guerra es.

Sor Simona.- ¡Dios mío, gracias por este día más que me concedes! ¡Ilumíname, Señor! ¡Dame la ciencia del mundo que necesito para salir airosa en la empresa temeraria de salvar la vida de este hijo...de Dios! (*Se acerca al lecho, observando el rostro del joven, y le arroja cuidadosamente.*)

Sor Simona

Sampedro.- *(En el grupo de la izquierda.)* Oye, Natika: otra cosa debes decir a la señora; yo no me atrevo.

Natika.- ¿Qué cosa?

Miguela.- Que dende que la señora dijo que este mozalbete es su hijo, ya no hay nadie aquí que la tenga por santa.

Sampedro.- Y con tanta furia y tanto aquel lo dijo, que todos lo creyeron.

Miguela.- Soldados y paisanos dicen ahora: buena mujer será, buena Hermanita de la Caridad también; pero santa, no.

Natika.- ¿Sois lobos o qué? ¿No oísteis lo que la señora nos contó de uno que mataron en Viana que le llamaban don César?

Sampedro.- Sí; ya sé que era hijo del Papa...

Miguela.- Hijo del propio Papa.

Natika.- Pues si el Papa, que es santo, puede tener un hijo, una santa puede tenerlo también si...

Sampedro.- Según y cómo.

Natika.- Cállate la boca tú.

Miguela.- La señora sabe más que todos los inorantes que semos tú y yo.

Sor Simona.- *(Junto al lecho.)* Natika. ¿qué estás charloteando ahí?

Sor Simona

Natika.- Voy, señora. (*A Miguela y Samopedro.*) Dirvos ahora, y si algo ocurre venir a contar. (*Vanse Miguela y Sampedro.*)

Sor Simona.- Natika, apaga la luz: ya tenemos día. Bien vengas día, si contigo me manda Dios la misericordia que te pido. Tus primeras lucen inundan mi alma de una dulce esperanza. (*Se sienta junto a la ventana y saca el rosario. Suenan cornetas.*) Natika, ¿viene tropa?

Natika.- Es la diana.

Sor Simona.- ¡La diana!...¡La diana!... ¡Dulce música navarra! ¡Tus acentos penetran coom voces del cielo en esta alma desolada! (*Se santigua: arropa bien a Ángel; se arrodilla, y mientras reza cae el telón lento. Continúa lejano y sonoro el toque de cornetas.*)

Cuadro Segundo

Sala en el Ayuntamiento de Dicastillo: puerta central y laterales; en las paredes el retrato del pretendiente Carlos VII, y cuadros antiguos ennegrecidos por el tiempo. En el fondo, a la izquierda, sillones y mesa para el consejo. A la derecha, otra mesa y varias sillas.

Escena primera

Miguela, arreglando las sillas. Entran por la derecha Sampedro y Natika, que trae un hermoso ramo de flores

Natika.- ¿Dónde está la señora?

Miguela.- En la capilla.

Natika.- ¡Ah! Es que ha oído dos misas.

Sor Simona

Miguela.- Pronto vendrá, porque ya está acabando la segunda. ¡Ay, qué ramo de flores tan precioso! Ese ramo será para la señora.

Natika.- Me lo ha dado en el pórtico de la iglesia el apóstol Santiago.

Smapedro.- Hablando en plata, quien te lo ha dado es don Salvador Ulibarri.

Natika.- Cállate la boca. Yo digo que el apóstol Santiago; y no venía solo: venía con el arcángel San Miguel.

Sampedro.- Sí, no está mal arcángel, sí, don Mariano Clavijo; y nos dijeron que el otro arcángel, Mendavia, salió esta mañana para Los Arcos a conferenciar con Dorregaray; cuando vuelva y se reúnan los tres, veremos lo que pasa aquí...¿Y sabes tú, Miguela, si hoy se reúne el consejo de guerra?

Natika.- Dijéronnos que en esta sala se reúne, pues.

Sampedro.- Y lo forman los coroneles Gaztelu, Arregoitia y Zubiri.

Miguela.- (*Mirando por la puerta del fondo.*) Aquí viene Sor Simona. (*Entra Sor Simona.*)

Escena II

Sor Simona, Natika.

Natika.- (*Presentando el ramo.*) Mire, señora: mire lo que le traigo.

Sor Simona

Sor Simona.- (*Asombrada y gozosa.*) ¡Jesús mío! Pero ¿quién te ha dado estas flores tan preciosas?

Natika.- En el pórtico de la iglesia me las dio el apóstol Santiago, que estaba con un arcángel.

Sor Simona.- Inocente Natika, ¿qué dices? ¿Y estas flores te las dieron para mí?

Natika.- ¿Para quién habrían de dármelas pues?

Sor Simona.- De buen augurio son estas flores que me manda mi Dios. (*Des hace el ramo, y una gran parte de él coloca en un búcaro que está sobre la mesa; las demás flores las deja sobre la mesa.*) Ahora, Natika, vete con Miguela y Sampedro a mi habitación, donde dejé a mi Ángel acostadito. Ayudadle a levantarse; ponedle la ropa con cuidadito para no hacerle daño.

Natika.- Ahí está Sacris. (*Vanse Natika, Miguela, y Sampedro.*)

Sor Simona.- Adelante, Sacris. (*Entra Sacris por la izquierda.*)

Escena III

Sor Simona y Sacris.

Sor Simona.- (*Poniendo uno de los ramos que ha hecho en un búcaro que está sobre la mesa.*) Hola, Sacris: te esperaba; siéntate.

Sacris.- Vengo a recibir órdenes de la señora.

Sor Simona.- Ya sé que hoy se reúne el consejo de guerra.

Sacris.- Así es, y a mí me han nombrado defensor de ese joven que la señora ha llamado su hijo.

Sor Simona

Sor Simona.- Me alegro mucho, y no hay que decir que tú le defenderás muy bien.

Sacris.- Yo le defenderé, no por él, sino por interés exclusivo de la señora, que se ha declarado madre del delincuente.

Sor Simona.- Está muy bien. Yo te lo agradezco.

Sacris.- En conciencia, debo manifestar que la madre me interesa más que el hijo. Me interesa por sus virtudes, por su abnegación, y me interesa también por... ¿me atreveré a decirlo?

Sor Simona.- Acaba, hombre, acaba.

Sacris.- Por su belleza, que añade un nuevo encanto a los que atesora por su innegable piedad y amor al prójimo.

Sor Simona.- (*Con delicada ironía.*) Bien, Sacris. Te agradezco que encuentres un rasgo de belleza en esta mujer obscura y vulgar. Bien; vamos al asunto. ¿Conque estás dispuesto a defender y salvar a ese infeliz?

Sacris.- (*Presumiendo.*) Sí, señora. Habla usted con un hombre que sabe cumplir sus deberes caballero.

Sor Simona.- Sí, por caballero te tengo...Eres joven, valiente, gallardo...

Sacris.- (*Inclinándose con falsa modestia.*) La señora me favorece mucho. Caballero soy que sabe corresponder a una dama ilustre, si ésta se digna darme los antecedentes que necesito para la defensa de ese desgraciado joven.

Sor Simona

Sor Simona.- (*Queriendo abreviar.*) Bueno, bueno; pues diga el caballero a la dama qué antecedentes son esos que desea conocer para la defensa del reo.

Sacris.- Es muy sencillo. Yo no defenderé al joven por el joven, sino por su madre, ante cuya virtud y atractivos personales me rindo incondicionalmente. Deme la señora algunas noticias de la existencia de ese joven, de la época de su nacimiento, y...

Sor Simona.- Sí; ya entiendo lo que me pide el caballero y el amigo...Lógicamente pensando, tú crees que no puede existir un hijo sin madre, y, naturalmente, tampoco puede existir sin padre.

Sacris.- Eso es; si la señora y dama me saca de esta ignorancia, yo salvaré al chico..., y además propondré a la señora...

Sor Simona.- Acaba, hombre, acaba.

Sacris.- Temo que la dama se ofenda con lo que voy a proponerle.

Sor Simona.- No me ofendo; di lo que quieras.

Sacris.- (*Algo turbado.*) Yo salvaré al chico; además, uno de estos días me ascienden a Coronel.

Sor Simona.- ¿Y qué tiene que ver tu ascenso a coronel, me dan una brigada en el ejército de nuestro rey.

Sor Simona.- Bueno; pues te felicito por tu ascenso. ¿Y qué más?

Sor Simona

Sacris.- Que una vez que yo me haya hecho cargo de la brigada..., me atrevo a proponer a la santa señora, es decir, a la dama ilustre, con muchísimo respecto, que se agregue a mi tropa como jefa de sanidad, y haremos juntos toda la campaña. Seguro estoy de que llevando a mi lado a tan insigne y bella compañera se duplicará mi ardimiento y llegaré a los extremos del heroísmo, por Dios, mi patria y mi rey.

Sor Simona.- (*Irónica.*) ¡Oh, agregarme yo a tu ejército; qué bonito! Y tú elevándote por mi compañía a las cumbres más altas de la gloria militar. ¡Qué lindo! ¡Qué precioso! Yo me iría contigo muy gustosa, porque eres un caballero noble, apuesto... (*Sacris, oyendo esto, se pavonea.*) Y volviendo a los antecedentes que para salvar a mi hijo me has pedido, yo daré al Consejo de guerra razones de tal peso, que éste no tendrá más remedio que hacer justicia.

Sacris.- Y esas razones, ¿por qué no me las da usted a mí?

Sor Simona.- Porque esta dama, que es algo caprichosa y antojadiza, no hará sus manifestaciones más que ante los señores del Consejo; y si éstos absuelven a mi hijo, no tendré inconveniente en incorporarme a tu Ejército... espiritualmente, santamente.

Sacris.- (*Repitiendo con cierto embeleso místico las dos últimas palabras de Sor Simona.*) Espiritualmente, santamente... *Exultate Domino quum tremore.*

Sor Simona.- ¿Qué latines estás mascullando ahí?

Sacris.- Digo, señora, que tembloroso me regocijo en el Señor. (*Levantándose.*) Con permiso de la señora, creo que es hora de reunirse el Consejo.

Sor Simona

Escena IV

Los mismos.- Natika; poco después, Angel, Sampedro, Miguela, Gaztelu, Arregoitia, Zubiri.

Natika.- (*Entrando presurosa por la izquierda.*) Señora, ya está levantado. Aquí viene. Está muy contento, y no hace más que preguntar por su madre. (*Entra Ángel cogido del brazo por Sampedro y andando con dificultad.*)

Sor Simona.- (*Llamando a Ángel.*) Ven acá, hijo mío; siéntate a mi lado. (*Se sienta a la izquierda de Sor Simona. Abrese la puerta del fondo y entran Gaztelu, Arregoitia y Zubiri. Detrás, muchedumbre de oficiales y soldados curiosos.*)

Sacris.- Aquí están los del Consejo.

Gaztelu.- Por evitar molestias a la señora, el Consejo ha tomado el acuerdo de reunirse y deliberar en esta sala.

Sor Simona.- Está bien: muchas gracias. (*Se sientan en fila los del Consejo detrás de la mesa.*)

Gaztelu.- Abreviemos; el delito de este joven a quien la señora ha llamado su hijo es de los que la ordenanza castiga severamente, y podemos dictar sentencia y mandar que se ejecute sin más trámites ni diligencias. Pero como la señora se interesó por este joven, invocando la maternidad, queremos saber si la señora se ratifica en lo que afirmó; pues de ello podría resultar a complicidad de otras personas, en cuyo caso a esas personas extenderíamos la dura sentencia.

Sor Simona.- (*Muy serena y con firme convicción.*) Perfectamente. Pues, sí, señores del Consejo: no sólo hay complicidad de otra persona, sino que sobre esta otra persona debe recaer

Sor Simona

toda la culpa del delito que atribuíis a este joven, cuya inocencia yo procalmo aquí con toda la energía de mi alma.

Gaztelu.- ¿Inocente dice?

Sor Simona.- (*Altanera, poniéndose en pie.*) Sí, inocente; la orden reservada que encontrasteis en la ropa de ese joven me la dio a mí Moriones para que la mandase con persona de mi confianza. Elegí a este joven, encargándole que por amor a mí la llevase a su destino. El no sabía lo que llevaba; toda la culpa es mía. Yo me interesaba por la causa alfonsina: soy vuestra enemiga implacable, aunque he sabido disimularlo en mi vagancia por estos pueblos. Confieso mi delito y me enorgullezco de él. Si queréis hacer justicia, poned en libertad inmediatamente a este joven y fusiladme a mí. (*Rumores en el Consejo.*)

Ángel.- (*Protestando.*) No, no.

Arretagoitia.- Es muy raro esto. Que demuestre lo que ha dicho.

Zubiri.- Se declara confidente de Moriones.

Arretagoitia.- Nuestra encarnizada enemiga.

Sacris.- (*Fuera de sí.*) No la creáis. Poseída está del delirio de misericordia, que es un delirio sublime, pero delirio al fin.

Sor Simona.- (*Con acento firme.*) He dicho la verdad. Llevadme al suplicio, pues no sólo no temo la muerte, sino que la deseo; anhelo desprenderme de esta vida corporal, que es para mí un atroz martirio. Matadme, matadme pronto, verdugos de Navarra. Abridme el camino de la libertad, de la gloriosa eternidad en el seno de mi Padre Dios.

Sor Simona

Ángel.- (*Levantándose.*) No la matéis, no cometáis ese horrendo crimen; yo soy culpable; ella, inocente como los ángeles. (*Murmullo general entre los del consejo y en los hombres que asisten como curiosos al imponente acto.*)

Sor Simona.- No hagáis caso de esta criatura, que no sabe lo que dice. Matadme a mí, y si no acudiré a Dorregaray, que sabe mejor que vosotros cumplir con la Ley.

Natika.- ¡Ay, que no maten a mi señora!

Gaztelu.- Fieles a la ordenanza y a los lemas de nuestra bandera, debemos sacrificar sin más discusión a la que se ha declarado alfonsina rabiosa.

Sor Simona.- (*Con gran energía.*) Eso es justicia. (*Coge un manojo de rosas de las que están sobre la mesa y se las coloca en el pecho.*) ¡Ea, llevadme pronto, y que vuestros soldados apunten a este corazón que tanto amó en este mundo! (*Abraza a Ángel, besándole en la frente.*) ¡Hijo mío, ya estás a salvo! (*Arrecia el murmullo en el consejo y los circunstantes.*)

Una voz.- ¡Matadla!

Sacris.- (*Furioso.*) ¡No! ¡Al hijo!...¡A la madre, no!

Otra voz.- ¡Al hijo, no! ¡A la madre! (*Repítense estas exclamaciones.*)

Zubiri.- ¡A los dos!

Gaztelu.- (*En pie.*) ¡Silencio! (*Prodúcese espantoso tumulto. Todos gritan pidiendo muerte para la madre, para el hijo o para los dos. Entran precipitadamente por la derecha Ulibarri, Clavijo y Mendavia.*)

Sor Simona

Escena V

Los mismos.- Ulibarri, Clavijo, Mendavia y tras ellos, soldados y pueblo.

Gaztelu.- ¿Quién entra?

Ulibarri.- Gente de paz.

Clavijo.- (*Adelantándose.*) Traemos una misión del general alfonsino Moriones.

Mendavia.- Y otra misión del general carlista Dorregaray.

Gaztelu.- ¿Qué significa esto?

Ulibarri.- Significa que los generales en jefe de uno y otro ejército han acordado anoche un canje de prisioneros.

Gaztelu.- Vengan las órdenes.

Ulibarri.- Se canjean cuatro prisioneros carlistas por cuatro alfonsinos.

Gaztelu.- (*A sus compañeros de consejo.*) Los cuatro que aquí tenemos.

Ulibarri.- (*Adelantándose.*) Ángel, chiquillo, ya estás libre.

Ángel.- (*Abrazando a Ulibarri.*) Ya me había salvado esta milagrosa madre, ofreciendo su vida por la mía.

Ulibarri.- (*A Sor Simona.*) ¿Y Tú, Simona, no me conoces?

Sor Simona.- (*Bajando al proscenio y mirando fijamente.*) ¡Ay! ¡Lo pasado vuelve! Salvador, el hermano de mi padre.

Sor Simona

Ulibarri.- (*Abrazándola con cariño.*) Tus padres ya no existen.

Sor Simona.- Sí; mis padres murieron a los tres años de abrazar yo la vida religiosa.

Ulibarri.- En tu vida religiosa, has sido un modelo de virtud y santidad; todos conocen tu mérito relevante, tu inmensa piedad.

Sor Simona.- ¡Ah, sí! Piedad sí tengo.

Ulibarri.- En esta ocasión lo has demostrado, diciéndote madre del chico de Navarrete para salvarle la vida.

Sor Simona.- Al verle maltratado por estos bárbaros, sentí un sacudimiento en todo mi ser, una explosión de piedad y amor, reconociendo al propio tiempo en el rostro de este joven las facciones de Ángel Navarrete.

Ulibarri.- Sí; es el vivo retrato de su padre.

Sor Simona.- De mí dijeron que había perdido la razón; y al ver a este joven, no sé si la perdí más o la recobré. Ello fue que deseando salvarle, por inspiración divina grité: ¡es mi hijo!...Y lo era y lo es, mi hijo... espiritual.

Sacris.- (*Cogiendo del brazo a Ángel y llevándole hacia la izquierda.*) Venga usted aquí, joven; volverá usted a su casa de La Guardia, y cuidado con las travesuras. Su señora madre quedará también libre, y en calidad de enfermera se incorporará a la brigada que he de mandar yo.

Ángel.- Déjeme usted ahora; la que usted llamaba mi madre sabrá lo que tiene que hacer. (*Vuelve hacia Sor Simona y Ulibarri, que le acogen cariñosamente.*)

Sor Simona

Gaztelu.- (*Rodeado de los del consejo.*) Señores: esto ha terminado. Se hará el canje que ordenan Dorregaray y Moriones. Sacris, encárgate tú de dar libertad al joven Navarrete y a su señora madre.

Sacris.- (*Desconcertado.*) Al hijo sí; a la madre no, porque esta señora seguirá junto a mí: me pertenece.

Gaztelu.- (*Asombrado.*) Pero ¡si es alfonsina furiosa!

Sacris.- Sea lo que quiera, mía es, y antes abandonaré la causa que perder esta dulce conquista. (*Los del consejo le rodean alborotados.*)

Gaztelu.- Pero Sacris, ¿qué es eso?

Zubiri.- ¿Estás loco?

Sacris.- Tal vez.

Arretagoitia.- (*Burlándose.*) ¿Estás enamorado?

Sacris.- Esté como estuviere, reclamo a esta mujer.

Gaztelu.- ¡Oh! ¡Qué escándalo! (*Siguen disputando acaloradamente con monosílabos y exclamaciones.*)

Sor Simona.- (*En el grupo de la derecha.*) ¡Adiós, hijo mío! ¡No me olvides! (*Le besa en la frente.*)

Ángel.- (*Besándola.*) Adiós, señora y madre de los desvalidos.

Ulibarri.- Y si su padre me pregunta por ti, ¿qué quieres que le diga?

Sor Simona

Sor Simona.- Dígale usted que en prueba de que no le guardo rencor, ofrecí mi vida por salvar la de su hijo...Y tú, Ángel, a tu madre Pilar le dices lo mismo. Adiós.

Ulibarri.- (*A Sor Simona.*) Y pues no quieres ir a La Guardia, ¿adónde te llevaremos?

Sacris.- (*Desprendiéndose furioso de los amigos que le sujetan, viene al proscenio.*) No podréis llevárosla. La santa mujer, amorosa y sublime, me pertenece; dejádmela. (*Los amigos le sujetan.*)

Sor Simona.- (*Con serena majestad.*) Sacris, yo no soy tuya ni lo seré jamás; busca la gloria conforme a tu vocación militar. Adiós para siempre.

Sacris.- (*Desesperado, apretándose el cráneo.*) ¡Oh, desventura mía! ¡Mi gloria es ella! No quiero batallar, no quiero vivir. Mi primera vocación me llama. (*Arroja la espada.*) ¡Dios de mi juventud, vuelvo a ti! (*Los amigos le sujetan e intentan llevárselo; pero él forcejea hasta que baja el telón.*)

Ulibarri.- (*A Mendavia.*) Tú llevarás a este joven a La Guardia; Clavijo y yo nos ponemos a las órdenes de Sor Simona para...(*Lentamente se dirigen hacia la izquierda Mendavia y Ángel; éste vuelve hacia atrás su rostro para contemplar a Sor Simona, que le ve partir con ternura y desconsuelo.*)

Ángel.- (*Pensativo, detiéndose en la puerta de la izquierda antes de partir.*) Y la santa madre, ¿adónde irá?

Ulibarri.- (*En el centro del proscenio.*) Querida sobrina, dínos qué camino quieres seguir.

Sor Simona.- Llevadme a Viana.

Clavijo.- (*Con alegría.*) Muy bien.

Sor Simona

Natika.- (*Llorando, se agarra a la falda de Sor Simona.*) Lléveme, señora.

Miguela y Sampedro.- Y a mí, y a mí.

Sor Simona.- Sí, venid conmigo; desde Viana continuaré consagrandome mi pobre existencia al socorro de los infelices y menesterosos; pero libremente... libremente... (*Con elevada entonación.*) Quiero ser libre, como el soplo divino que mueve los mundos. (*Todas las figuras de esta última escena se agrupan convenientemente para formar un hermoso cuadro. Telón.*)

Fin del drama.

Las críticas de teatro que editamos en esta edición están extraídas de los servicios de publicación e investigación de la Hemeroteca de Madrid, pero las cuatro últimas son reproducidas del libro publicado por Ángel Berenguer, *Los estrenos teatrales de Galdós en la crítica de su tiempo*, Madrid, Ed. Comunidad de Madrid, 1998.

- 1 Arenal Concepción, *El pauperismo*, Obras completas, Madrid, 1894, Tomo XV, página 85.
- 2 Arenal Concepción, *Beneficencia, filantropía y caridad*, Obras Completas, Madrid, 1894, tomo II, pág 94.
- 3 Está inserta en *Colección legislativa*, Tomo. VIII, pp. 115 y siguientes.
- 4 Para saber a cerca de los movimientos religiosos femeninos, en particular sobre la historia de las Hermanas Carmelitas, como sabemos pioneras de la asistencia a necesitados, el libro de Ana M^a Alonso Fernández, *Historia documental de las Hermanas Carmelitas de la Caridad*, donde se relata todo el proceso de desarrollo caritativo,

sanitario y de enseñanza que esta orden viene desarrollando desde principios del siglo XIX. Aquí lo tomamos como referencia por ser parte documental del proceso de creación de personajes de Galdód, gran conocedor de la sociedad de su tiempo. Madrid, Viedrana, 1971, Tomo II.

5 Ley General de Beneficencia de 20 de junio de 1849, arts, 4º a 12.

6 Reglamento de 14 de mayo de 1852, art 34.

7 Las Juntas Municipales habían sido ya creadas en 1822. En cuanto a las Provinciales y Municipales fueron suprimidas por Decreto del 17 de diciembre de 1868 y restablecidas el 30 de septiembre de 1873, fijando sus atribuciones en los artículos 14 a 19 de la Instrucción de 27 de abril de 1875.

8 Reglamento del 14 de mayo de 1852, arts 42 y 43.

9 *Ibidem* , titulado: De las clases y objeto de los establecimientos de Beneficencia.

10 Reglamento de 14 de mayo de 1852, art 5º.

11 Reglamento de 14 de mayo de 1852, art 6º.

12 *Ibidem*, art 7º.

13 *Ibid*, art, 89.

14 *Ibid*, arts, 83 a 87.

15 En 1851 se inició en Madrid el Instituto de las Siervas de María del que sería nombrada superiora general Santa

Manuela Torres Acosta. Cfr. Javierre, *José María: Soledad de los enfermos*, BAC, 1969.

16 Por España se propagaron ampliamente las Conferencias de San Vicente de Paúl, dedicadas a la beneficencia domiciliaria, fundadas en Francia por Antonio Federico Ozanam en 1833, e implantadas en Madrid desde 1849.

17 Concepción Arenal, *La mujer del porvenir*, Madrid, Castalia, 1993, pp 140-143. Edición, introducción y notas de Vicente de Santiago Mulas.

18 *Ibidem*, página 142.

19 Lope de Vega, *Obras de Lope de Vega*. Tomo XII, *Comedias de vidas de Santos*. Madrid, Ediciones Atlas, 1965, pp. 45-105.

20 M. Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, Madrid, Taurus, 1965, pp. 68-75.

21 Hay pendiente todavía un estudio sobre algunas similitudes entre la comedia *Celia en los infiernos* y la obra de Dante *La Divina Comedia*, y al tiempo la influencia de éstas en *Luces de Bohemia* de Valle-Inclán.

22 *Op. Cit*, pág. 456.

23 *La estructura mítica del héroe en la novela del siglo XIX*, Barcelona, Planeta, 1978, pág. 74.

24 No estoy de acuerdo con la aseveración de Ruiz Ramón cuando dice: “Estos héroes y heroínas, en cuanto criaturas dramáticas, carecen de suficiente vitalidad interna y están demasiado ligados a ser portavoces de las tesis galdosianas”, pues debemos pensar que los

personajes, en general, son hijos de su creador y por lo tanto sus portavoces. Con todo, esto no resta importancia a su función de criaturas dramáticas, naturalmente, el autor siempre está en el alma de los personajes, lo cual no quiere decir que éstos no sean dramáticos. *Historia del Teatro español*. Cátedra, Madrid 1983, pág. 368.

Como añadidura al problema suscitado por las diferencias entre novela y teatro que tanto se le ha acusado a Galdós, como confundidor de los dos géneros, el propio autor nos dice en el prólogo a *El abuelo*: "Como todo lo que pertenece al reino infinito del Arte, lo más prudente es huir de los encasillados y de las clasificaciones de géneros y formas. En toda novela en que los personajes hablan late una obra dramática. El teatro no es más que la condensación y acopladura de todo aquello que en la novela moderna constituye acciones y caracteres". Es obvio que Galdós no tenía ninguna confusión de géneros, simplemente quería fundirlos.

25 De estos pasajes fue extraída la frase "la loca de la casa", que parece formada primero en francés, la "folle du logis", frase atribuida a Malebranche en su exposición de *Las Moradas*, si bien no aparece en las obras conocidas de este filósofo francés. También los escritores franceses del siglo XVII tomaron, probablemente, de Santa Teresa la palabra "recueillement", en su sentido espiritual, y otras así. En *Obras Completas* de Santa Teresa de Jesús, introducción de Menéndez Pidal. Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1987.

26 Gustavo Correa, *Realidad, Ficción y símbolo en las novelas de Pérez Galdós*, Madrid, Gredos, 1977, pág. 291. Lógicamente en el teatro el autor tiene menos recursos que en la novela para hacer llegar al lector o al público estas condiciones, pero por como se plantean los

personajes, los diálogos y las acotaciones, asistimos a la pintura de unos personajes puramente reales y transparentes de bondad, como lo era Galdós. Esto siempre se pretendía acompañar de una buena dirección escénica e interpretativa de las actrices, dirección de la que en muchos casos era el propio Galdós quien se encargaba en cada estreno teatral, porque en absoluto se conseguía ni una buena interpretación, ni una redonda dirección escénica, ni tampoco el público estaba receptivo para lo nuevo. Con lo cual el momento innovador de Galdós no tenía a las ninfas —como él las llamaba— de su parte. Para estudiar la simbiosis teatro-novela en Galdós, ver la tesis de Bienvenido Palomo Olmos, *Benito Pérez Galdós: Teoría y Práctica de una Poética de los Géneros Literarios*, Madrid, UAM, 1986.

27 *Op. Cit* pág. 458.

28 *Op. Cit*, pág. 160.

29 J. Casaldueiro, "Sor Simona y Santa Juana de Castilla", en *Letras de Deusto*, n^o 8, volumen que corresponde a julio-diciembre de 1974, pp. 117-133.

30 *Op. Cit*, *Vida de Galdós*, pág. 686.

Sor Simona



España está en deuda con Galdós, cuantos hablamos castellano debemos remediar la injusticia de un gobierno que despilfarrando a manos llenas el dinero de la nación, no ha encontrado medio de asegurar la vejez del hombre que honró siempre el suelo en donde vio la luz, y el modo de remediarlo es uno: llenar los teatros

donde se representen sus obras y agotar las ediciones de sus libros. *La Correspondencia de España*.

Benito Pérez Galdós

Sor Simona. Drama en tres actos y cuatro cuadros

